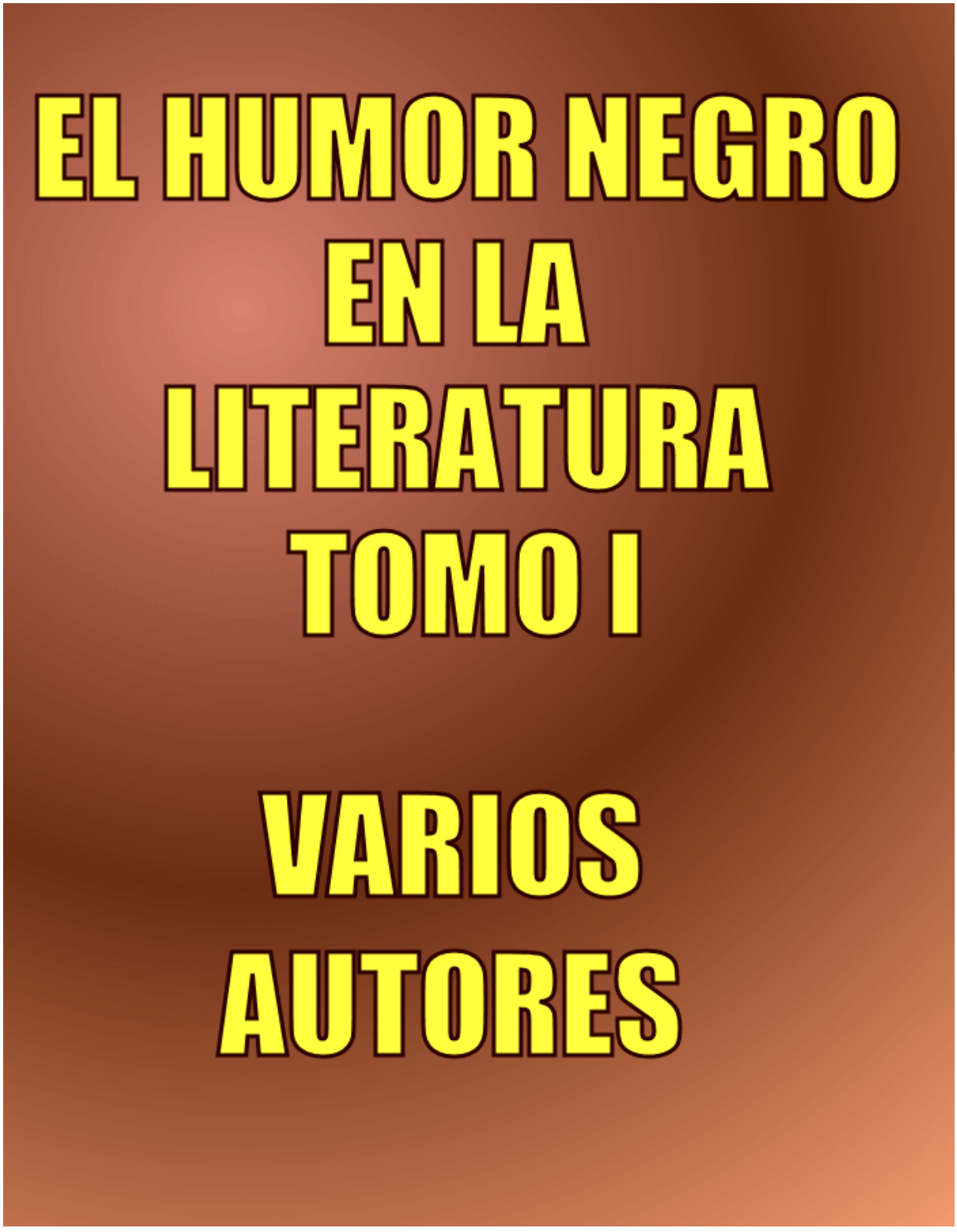
LIBRO dot.com



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

NOTA

El asunto del humorismo suele constituir una incomodidad insalvable en los tratados de estética. Chesterton quiso soslayarla diciendo que "intentar definir el humor demuestra falta de humor", y no es posible culparlo demasiado por esta retirada ingeniosa: desde que Galeno fundó oficialmente la teoría de los humores hasta nuestros días, pocas palabras fueron tan propicias al caos, tan laboriosamente malentendidas.

Dos equívocos pertinaces protegen la confusión. Uno consiste en suponer que el humorismo es algo así como un género literario. El otro, en confundir humorismo con buen humor.

Pero el humorismo no es un género, sino una actitud ante el mundo que se encuentra en todos los géneros; no hay verdadera obra de arte que no la incluya de algún modo. Y no se trata de una actitud alegre: los últimos límites del humorismo lindan más con los laberintos de la desesperación que con el decorado de la felicidad convencional. En realidad, el humorismo es malhumorado, un incursor de los mismos territorios que ambicionan la úlcera, la demencia y el suicidio.

Fundamentalmente, el acto humorístico es la expresión de una contradicción entre su sujeto y una fuerza superior. Se trata de una situación similar a la planteada en los conflictos trágico y cómico; lo que varía es la respuesta. Mientras en la tragedia y en la comedia el hombre sucumbe ante la contradicción y responde con el llanto o la risa -dos exabruptos, dos claudicaciones emocionales-, el actor del conflicto humorístico asume el control intelectual del poder que lo domina, intenta comprenderlo, ubicarlo en un plano racional y otorgarle un sentido. Esto no implica el triunfo del humorista: él también puede ser sometido, pero, en todo caso su caída es más digna, más conveniente a la condición humana. La respuesta a la situación humorística no es la risa ni el llanto, sino la sonrisa, un modo lúcido, comprensivo, de ahogar aquellas explosiones. A veces, ni siquiera eso. Sólo la sensación incómoda, inevitable, lacerante, de saber que algo está fallando, el placer hiriente ofrecido por la comprensión y el intento de reubicación frente a esa negligencia de las leyes.

En última instancia, el humorista enfrenta al mal, representado por lo racionalmente inexplicable o injustificable. El mal puede ser la muerte, el absurdo de la vida, el inmenso vacío del universo, o provenir del hombre mismo; la crueldad, la estupidez, la hipocresía, el mundo asfixiante de las convenciones, son la fábrica permanente del humorismo, esa lucidez que los denuncia. No siempre se trata de una denuncia inútil. La mera expresión de un conflicto constituye una declaración de principios, una manifestación de disconformidad y, al mismo tiempo, una infracción a las leyes del poder enemigo, que exige un sometimiento silencioso. El humorista es un infractor peligroso, porque es capaz de burlarse aun en la derrota, porque sus reservas mentales son inexpugnables.

La calidad del poder afectado califica al acto humorístico y decide su trascendencia. Existe un humorismo minúsculo, que se contenta con quebrar convenciones triviales, y que se degrada con frecuencia á la comicidad. A Bernard Shaw, por ejemplo, le bastó muchas veces con fingirse mal educado o insolentemente superior; el resultado es, en el mejor de los casos, perecedero. El humorismo feroz de Swift, en cambio, asumió la expresión del conflicto entre la razón y la animalidad

humanas, y durará tanto como éstas; quizá no se trate de una duración eterna, pero será sin duda una duración prolongada. Eterno es el humorismo de Kafka, enfrentado con un poder infinito. Sus visiones son el puñetazo desesperado en la mesa de la filosofía que la cortedad de los filósofos nunca se atrevió a dar; son el humorismo definido por Jacques Vaché: "un sentido de la inutilidad teatral y sin alegría de todo cuanto se sabe".

Aparentemente, el rasgo característico del humorismo es negativo, y abarca una escala de actitudes que van del escepticismo moderado al nihilismo absoluto. Esto se explica por la inferioridad del humorista en un conflicto que no puede resolver por otros medios. Pero si el humorismo es, en parte, una confesión de inferioridad, representa también una continuación de la lucha; se trata, como dice Fernández de la Vega, de "un esfuerzo complicado por no perder la cabeza, por no darse por vencido". El escepticismo y la agresividad del humorista serían argucias innecesarias en un mundo sin interrogantes; por eso el humorismo se niega a los satisfechos, a los ortodoxos de todas las sectas, a los dueños de las soluciones. El humorista está buscando siempre.

Para descubrir o expresar el conflicto humorístico es necesario practicar un modo especial de la imparcialidad, que es el sentido del humor. Esta imparcialidad inteligente constituye la inquietante virtud que permite al humorista la percepción del aspecto contradictorio de las cosas, origen de lo humorístico; gracias al sentido del humor, la situación cobra su capacidad estimulante y se lanza a la caza de sus reflejos. El espectador que percibe un acto humorístico mediante su sentido del humor, participa de él en la misma medida que quien lo cumplió: es, también, un humorista. Entre espectador y actor puede haber diferencias -el genio, por ejemplo-, pero tienen que ver con el arte, no con el humorismo.

El primero que aludió a un "humor negro" fue Aristóteles. Hablando de la melancolía, la llamó "bilis negra", y dijo que en dosis adecuada es un ingrediente del genio, pero que poseída en exceso lo es de la locura. En realidad, hablar de humor negro es una redundancia: todo humorismo tiene su negrura, que se diluye o acentúa de acuerdo con el conflicto en cuestión. Tiende al gris en los moralistas al estilo de Chamfort, opuestos a una convención que propone que, en general, los humanos somos buena gente. El mecanismo de su humor podría ser llamado "realista". Consiste en decir de pronto una verdad, aunque sea parcial, de las que nuestras convenciones -que nunca nos perjudican- disimulan. Por ejemplo: "Hace siglos que la opinión pública es la más malvada de las opiniones".

El moralista (Swift no fue, a pesar de su crueldad, otra cosa que un moralista exaltado, un moralista de la razón) no inspira escalofríos mayores; muchos esperamos que su humorismo perderá algún día la razón de ser. Hay otras víctimas que hacen más tenebroso al humorismo: el de ellas es discurrido en un territorio infernal donde no cabe la cómoda ubicación del moralista, donde el bien y el mal, la vida y la muerte, la lógica y el absurdo, se rozan y se confunden. Es el territorio de los humorismos satánico, macabro y absurdo, los rostros más crueles del humor negro.

El concepto usual de humor negro se restringe a estas tres variantes, y había comenzado a ganar adeptos antes que el surrealismo, encabezado por Breton, lo incorporara a su cuerpo doctrinario. El humor negro constituye la expresión humorística más audaz, el alzamiento más herético contra la ley del lugar común: extiende la contradicción a los valores más venerados, los trastroca, los identifica y los

anula. Tras la batalla, muchas veces es difícil saber qué se ha ganado, y distinguir al triunfador.

El humorismo satánico alega las bondades del mal, lo goza y clama por su triunfo. Sólo se manifiesta sincero e irremediable en un puñado de solitarios; en casi todos los otros casos es posible adivinar la pose, una búsqueda deliberada del humorismo mediante lo chocante. Quizá no sea este humorismo el menos valioso: el verdadero adepto del mal no hace otra cosa que sustituir un sistema convencional por otro; es un proselitista, y el proselitismo es decididamente antihumorístico. La algofilia fingida, en cambio, puede resultar un método eficaz, una manera de contrarrestar al enemigo poniéndolo en ridículo.

Las técnicas del humorismo macabro -la variante más cómodamente falsificable del humor negro- expresan la voluntad infractora del humorismo llevada a los últimos límites, y ocasionalmente contradicen esa convención (no del todo inaceptable) que se refiere al buen gusto. El humorista macabro se complace fingidamente en el tratamiento desaprensivo y gozoso de herejías como el asesinato, el suicidio, la tortura, el canibalismo y la profanación, siempre que sean gratuitos, porque un crimen útil se invalidaría a sí mismo humorísticamente.

Es cierto que no basta el carácter anticonvencional del humorismo macabro para comprender su popularidad. Sucede quizá que esas crueldades nos permiten reencontrarnos con los rostros sumergidos del ser, o que satisfacen con sutileza alguna oscura necesidad, al dar salida desembozada a actitudes que la vida real ostenta con mayor simulación. jugar con la maldad, con la muerte, y hasta amarlas, puede resultar también una manera de anular sus efectos, de reubicar lo incomprensible. Una manera de someter a leyes del juego a esos fantasmas de nuestros insomnios. En su Estética, Max Bense sugiere aún otra posibilidad: "Puesto que el ser admite la descomposición, lo transitorio, la desaparición de lo existente, el espíritu se convierte en un principio de justificación de estos hechos... toda reproducción estética de la muerte aplica. un tema emparentado profundamente con la situación del ser de lo bello, y el asesinato (la forma de muerte conscientemente elaborada) y el placer que en casos sublimes acompaña a su realización, colman igualmente la categoría del momento, en tanto que, en virtud del carácter artificial del hecho, se destaca poderosamente el modo de la belleza". La variante "absurda" del humor negro es de ejecución más difícil, y también -aunque menos sangrienta- más tenebrosa. Es posible imitar eficazmente el humorismo macabro, repitiendo con aplicación algunas recetas mutilatorias, pero el humorismo absurdo exige un esfuerzo mayor. Kafka y Lewis Carroll, al exponer genialmente su visión de un mundo desordenado e incoherente, propusieron en realidad toda una filosofía, el resultado de una ardua operación intelectual. Existe otra diferencia: mientras el humorista macabro, al jugar con el mal intenta reubicarlo, relativizarlo o contemplarlo con indiferencia, el humorista absurdo se somete más pasivamente al desorden de las leyes, aunque de algún modo lo altera con esa especie de ordenamiento que es el saberse sometido. El humorista satánico, por su parte, trampea al destino: al tomar el partido del mal, hace suyo su triunfo.

Es su poder como medio expresivo de conflicto -su espíritu de contradicción- el que ha dado al humorismo un auge creciente en nuestro mundo, corroído por la inseguridad y enfrentado con interrogantes cruciales. El mérito mayor de la actitud humorística está encerrado en su espléndido poder subversivo, que es el de la inteligencia en libertad buscando lúcida, desesperadamente, sus fines. Una subversión

de la que puede surgir inopinadamente la mítica sensatez que el hombre necesita para salvarse.

Quizás el humorismo es el único medio para sobreponernos a nuestros despiadados, eternos enemigos. Sin éstos -sin la muerte, sin la estupidez, sin la crueldad, sin los censores, sin los verdugos no necesitaríamos al humorismo, ni podríamos concebirlo. Todos parecemos desear tal paraíso, aunque no estemos seguros de que él nos compensaría la aridez de una vida animal, sin lágrimas ni sonrisas. De cualquier modo, se trata de un problema muy alejado en el tiempo. Todo indica que gozaremos el hermoso bien del humorismo durante muchos siglos. No ha nacido -¿no nacerá?- el revolucionario capaz de soñar un mundo sin excusas para humoristas.

CARTA DEL VERDUGO A SU SOBRINO FRANCISCO DE QUEVEDO

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS (1580-1645) ejerció con insolencia los atributos de un genio amargo y cruel que enriqueció para siempre la literatura y el humorismo castellanos. La Historia de la vida del Buscón llamado Don Pablo, ejemplo de vagabundos y espejo de tacaños, publicada en 1626, trae los primeros ejemplos españoles de las anécdotas macabras que ofrecería, más premeditadamente, el humeur noir moderno.

Hijo Pablo: Las ocupaciones grandes de esta plaza en que me tiene ocupado su majestad no me han dado lugar a hacer esto, que si algo tiene malo el servir al rey, es el trabajo aunque le desquita con esta negra honrilla de ser sus criados. Pésame de daros nuevas de poco gusto. Vuestro padre murió ocho días ha con el mayor valor que ha muerto hombre en el mundo; dígolo como quien le guindó. Subió en el asno sin poner pie en el estribo; veníale el sayo baquero que parecía haberse hecho para él, y como tenía aquella presencia, nadie le veía con los cristos delante que no lo juzgase por ahorcado. Iba con gran desenfado mirando a las ventanas y haciendo cortesías a los que dejaban sus oficios por mirarle; hízose dos veces los bigotes; mandaba descansar a los confesores, e íbales alabando a lo que decían bueno. Llegó a la de palo, puso él un pie en la escalera, no subió a gatos ni despacio, y viendo un escalón hendido, volvióse a la justicia y dijo que mandase aderezar aquél para otro, que no todos tenían su hígado. No sabré encarecer cuán bien pareció a todos. Sentóse arriba y tiró de las arrugas de la ropa atrás; tomó la soga y púsola en la nuez, y viendo que el teatino lo quería predicar, vuelto a él le dijo: "Padre, yo lo doy por predicado, y vaya un poco de credo y acabemos presto, que no querría parecer prolijo". Hízose ansí. Encomendóme que le pusiese la caperuza de lado y que le limpiase las barbas; yo lo hice así. Cayó sin encoger las piernas ni hacer gestos; quedó con una gravedad que no había más que pedir. Hícele cuartos y dile por sepultura los caminos; Dios sabe lo que a mí me pesa de verle en ellos haciendo mesa franca a los grajos, pero yo entiendo que los pasteleros desta tierra nos consolarán, acomodándole en los de a cuatro. De vuestra madre, aunque está viva ahora, casi os puedo decir lo mismo; que está presa en la Inquisición de Toledo, porque desenterraba los muertos sin ser murmuradora. Dícese que besaba cada noche a un cabrón en el ojo que no tiene niña. Halláronla en su casa más piernas, brazos y cabezas que a una capilla de milagros, y lo menos que hacía era sobrevirgos y contrahacer doncellas. Dicen que representará en un auto el día de la Trinidad, con cuatrocientos de muerte; pésame, que nos deshonra a todos, y a mí principalmente, que al fin soy ministro del rey y me están mal estos parentescos. Hijo, aquí ha quedado no sé qué hacienda escondida de vuestros padres; será en todo hasta cuatrocientos ducados; vuestro tío soy, lo que tenga ha de ser para vos. Vista ésta, os podréis venir aquí, que con lo que vos sabéis de latín y retórica seréis singular en el arte de verdugo. Respondedme luego, y entretanto, Dios os guarde.

De Historia de la Vida del Buscón.

UNA MODESTA PROPOSICION
JONATHAN SWIFT

JONATHAN SWIFT (1667-1745) padeció con torturante lucidez la contradicción entre la hipótesis racionalista del hombre y sus prácticas bestiales. El creador de Gulliver defiende la razón ante un mundo que parece despreciar su uso; de esta lucha quijotesca nacieron sus genialidades humorísticas y también, quizá, la enfermedad mental que castigó sus últimos momentos.

Es un asunto melancólico para quienes pasean por esta gran ciudad o viajan por el campo, ver las calles, los caminos y las puertas de las cabañas atestados de mendigos del sexo femenino, seguidos de tres, cuatro o seis niños, todos en harapos e importunando a cada viajero por una limosna. Esas madres, en vez de hallarse en condiciones de trabajar por su honesto sustento, se ven obligadas a perder su tiempo en la vagancia, mendigando para sus infantes desvalidos que, apenas crecen, se hacen ladrones por falta de trabajo, o abandonan su querido país natal para luchar por el Pretendiente en España, o se venden en la Barbada.

Creo que todos los partidos están de acuerdo con que este número prodigioso de niños en los brazos, sobre las espaldas, o a los talones de sus madres, y frecuentemente de sus padres, resulta en el deplorable estado actual del Reino un perjuicio adicional muy grande; por lo tanto, quienquiera que encontrase un método razonable, económico y fácil para hacer de ellos miembros cabales y útiles del Estado, merecería tanto agradecimiento del público como para tener instalada su estatua como un protector de la Nación.

Me ha asegurado un americano muy entendido que conozco en Londres, que un tierno niño saludable y bien criado constituye, al año de edad, el alimento más delicioso, nutritivo y comerciable, ya sea estofado, asado, al horno o hervido; y yo no dudo que servirá igualmente en un fricasé o un guisado.

Por lo tanto, propongo humildemente a la consideración del público que de los ciento veinte mil niños ya anotados, veinte mil sean reservados para la reproducción; de ellos, sólo una cuarta parte serán machos, lo que ya es más de lo que permitimos a las ovejas, los vacunos y los puercos. Mi razón consiste en que esos niños raramente son frutos del matrimonio, una circunstancia no muy venerada por nuestros rústicos: en consecuencia, un macho será suficiente para servir a cuatro hembras. De manera que los cien mil restantes pueden, al año de edad, ser ofrecidos en venta a las personas de calidad y fortuna del reino, aconsejando siempre a las madres que los amamanten copiosamente durante el último mes, a fin de ponerlos regordetes y mantecosos para una buena mesa. Un niño hará dos fuentes en una comida para los amigos, y cuando la

familia cene sola, el cuarto delantero o trasero constituirá un plato razonable. Y hervido y sazonado con un poco de pimienta o de sal, resultará muy bueno hasta el cuarto día, especialmente en invierno.

Concedo que este manjar resultará algo costoso, y será, por lo tanto, muy adecuado para terratenientes, que como ya han devorado a la mayoría de los padres, parecen acreditar los mejores títulos sobre los hijos.

Carne de niño habrá todo el año, pero más abundantemente en marzo, y un poco antes y después: porque nos informa un grave autor, eminente médico francés, que siendo el pescado una dieta prolífica, en los países católicos romanos nacen muchos más niños aproximadamente nueve meses después de Cuaresma que en cualquier otra estación. En consecuencia, contando un año después de Cuaresma, los mercados estarán más atiborrados que de costumbre, porque los niños papistas existen por lo menos en proporción de tres a uno en este reino. Eso traerá otra ventaja colateral, al disminuir el número de papistas entre nosotros.

Ya he calculado el costo de cría de un hijo de mendigo (entre los que incluyo a todos los cabañeros, a los jornaleros y a cuatro quintos de los campesinos) en unos dos chelines por año, harapos incluidos. Y creo que ningún caballero se quejaría de pagar diez chelines por el cuerpo de un buen niño gordo, del cual, como ya he dicho, sacará cuatro fuentes de excelente carne nutritiva cuando sólo tenga a algún amigo o a su propia familia a comer con él. De este modo, el caballero aprenderá a ser un buen terrateniente y se hará popular entre los arrendatarios, y la madre tendrá ocho chelines de ganancia limpia y quedará en condiciones de trabajar hasta que produzca otro niño.

Quienes sean más ahorrativos (como debo confesar que requieren los tiempos) pueden desollar el cuerpo, cuya piel, artificiosamente preparada, constituirá admirables guantes para damas y botas de verano para caballeros delicados.

En nuestra ciudad de Dublin, los mataderos para este propósito pueden establecerse en sus zonas más convenientes; podemos estar seguros de que carniceros no faltarán, aunque más bien recomiendo comprar los niños vivos y adobarlos mientras aún están tibios del cuchillo, como hacemos para asar los cerdos.

Algunas personas de espíritu pesimista están muy preocupadas por la gran cantidad de gente pobre que está vieja, enferma o inválida, y me han pedido que dedique mi talento a encontrar el medio de desembarazar a la nación de un estorbo tan gravoso. Pero este asunto no me aflige para nada, porque es muy sabido que esa gente se está muriendo y pudriendo cada día de frío y de hambre, de inmundicia y de piojos, tan rápidamente como se puede razonablemente esperar. Y en cuanto a los trabajadores jóvenes, están en una situación igualmente prometedora: no pueden conseguir trabajo y desfallecen de hambre, hasta tal punto que si alguna vez son tomados para un trabajo común no tienen fuerza para cumplirlo; de este modo, el país y ellos mismos son felizmente librados de los males futuros.

Suponiendo que mil familias de esta ciudad fueran compradoras habituales de carne de niño, además de otras que llevarían para las fiestas, especialmente casamientos y bautismos, calculo que en Dublin se colocarían anualmente cerca de veinte mil reses, y en el resto del reino (donde probablemente se venderán algo más barato) las restantes ochenta mil.

No se me ocurre ningún reparo que pueda oponerse razonablemente contra esta proposición, a menos que se aduzca que la población del Reino se vería muy disminuida. Esto lo reconozco sin reserva, y fue mi principal motivo para ofrecerla al mundo.

Yo declaro, con toda la sinceridad de mi corazón, que no tengo el menor interés personal en esforzarme por promover esta obra necesaria, y que no me impulsa otro motivo que procurar el bien de mi patria desarrollando nuestro comercio, cuidando de los niños, aliviando al pobre y dando algún placer al rico. No tengo hijos por los que pueda proponerme obtener un solo penique; el más joven tiene nueve años, y mi mujer ya no es fecunda.

De Una Modesta Proposición y otras sátiras.

LA FILOSOFIA EN EL TOCADOR MARQUÉS DE SADE

DONATIEN ALPHONSE FRANÇOIS, MARQUÉS DE SADE (1740-1814) pasó buena parte de su vida en prisión, redactando una monumental -y frecuentemente aburrida apología del mal. La cárcel y su afición literaria apenas le dejaron tiempo para practicar sus vicios, que no fueron originales. Más meritorias fueron su franqueza, su valentía, su insobornable independencia de juicio. Parecen haber sido éstas, y no sus desviaciones, las que le valieron morir cuerdo en el asilo de Charenton. Había sido, según un informe policial, "un individuo incorregible, un carácter enemigo de toda obediencia".

De todas las ofensas que un hombre puede cometer contra sus semejantes, la muerte es, sin contradicción, la más cruel, porque le quita el único bien que recibió de la naturaleza, el único cuya pérdida es irreparable. Sin embargo, aquí se presentan varias cuestiones, abstracción hecha del daño que la muerte cause a la víctima:

1° Considerando solamente las leyes de la naturaleza, ¿es verdaderamente criminal esta acción? 2° ¿Lo es en relación con las leyes de la República?

3° ¿Es nociva para la sociedad?

4° ¿Cómo debe ser considerada en un Estado republicano?

5° Por último, ¿puede el asesinato ser reprimido con el asesinato?

Examinaremos separadamente cada una de las cuestiones: el asunto es bastante importante para permitirnos demorarnos en él. Puede ser que nuestras ideas sean halladas un poco fuertes. ¿Pero qué? ¿No hemos adquirido el derecho de decirlo todo?

Revelemos a los hombres grandes verdades: ellos las esperan de nosotros; ya es tiempo de que el error desaparezca, de que su superchería caiga con la de los reyes. ¿Es el asesinato un crimen a los ojos de la naturaleza? Esta es la primera cuestión.

Aquí sin duda humillaremos el orgullo del hombre, rebajando su rango al de todas las otras producciones de la naturaleza, pero el filósofo no acaricia las pequeñas vanidades humanas: ardiente perseguidor de la verdad, la separa de los tontos prejuicios del amor propio, se apodera de ella, y la desarrolla atrevidamente ante el mundo atónito.

¿Qué es el hombre, y qué diferencia hay entre él y los otros animales del planeta? Ninguna, con seguridad. Fortuitamente ubicado, como ellos, sobre este globo, ha nacido como ellos, y se propaga, crece y mengua como ellos; llega como ellos a la vejez, y como ellos cae en la nada pasado el tiempo que la naturaleza asigna a cada especie en razón de la construcción de sus órganos. Si las semejanzas son tan exactas que es imposible para el ojo escrutador del filósofo notar alguna diferencia, será tan malo matar a un animal como matar a un hombre; la diferencia existe solamente en los prejuicios de nuestro orgullo. Pero nada es tan desgraciadamente absurdo como los prejuicios del orgullo.

Continuemos con la cuestión. No podéis negar que es lo mismo destruir a un hombre que a una bestia. Pero, ¿la destrucción de cualquier animal viviente no es, decididamente, un mal, como lo creyeron los pitagóricos y lo creen todavía algunos habitantes de las orillas del Ganges? Antes de responder a esto, recordemos al lector que sólo estamos examinando la cuestión en relación con la naturaleza; la consideraremos luego en conexión con los hombres.

Ahora yo pregunto qué valor pueden tener para la naturaleza los individuos que no le cuestan la más pequeña pena ni cuidado. El obrero valora su obra de acuerdo con el trabajo que le costó. ¿Le costó algo el hombre a la naturaleza? Y suponiendo que le haya costado algo, ¿le costó más que un mono o un elefante? Voy más lejos: ¿cuáles son las materias regeneradoras de la naturaleza? ¿De qué se componen los seres que vienen a la vida? ¿No se originan los tres elementos que los integran en la primitiva destrucción de otros cuerpos? Si todo individuo fuera eterno, ¿no resultaría imposible para la naturaleza crear otros nuevos? Si la eternidad de los seres es imposible para la naturaleza, su destrucción es una de sus leyes.

Si la destrucción es tan útil que no es posible prescindir de ella, y si la naturaleza no puede llegar a sus creaciones sin esas masas de destrucción que la muerte le prepara, la idea de aniquilación que adjudicamos a la muerte deja de ser real; no habrá más aniquilación constatada; lo que llamamos el fin del animal viviente no será más un fin real, sino una simple transmutación, que es la base del movimiento perpetuo, verdadera esencia de la materia, que todos los filósofos modernos admiten como una de sus primeras leyes. La muerte, según esos principios irrefutables, no es más que un cambio de forma, un pasaje imperceptible de una existencia a otra, lo que Pitágoras llamó metempsicosis.

Una vez admitidas esas verdades, yo pregunto si se podrá jamás sostener que la destrucción es un crimen. ¿Osaréis afirmar, con la intención de conservar vuestros absurdos privilegios, que la transmutación es destrucción? No, sin duda, porque habría que demostrar antes un instante de inacción en la materia, un momento de reposo. Y nunca descubriréis ese momento. Los animales pequeños se animan cuando el grande exhala su último aliento, y la vida de esos animales pequeños no es más que uno de los efectos necesarios y determinados por el sueño momentáneo del grande. ¿Osaréis

ahora afirmar que uno agrada a la naturaleza más que el otro? Para hacerlo habría que demostrar algo imposible: que la forma alargada o cuadrada es más útil, más agradable a la naturaleza, que la forma oblonga o triangular; habría que demostrar que con respecto a los designios sublimes de la naturaleza, un holgazán que engorda en la inacción y la indolencia es más útil que el caballo, cuyo trabajo es tan necesario, o que el buey, cuyo cuerpo precioso no tiene parte inútil; habría que demostrar que la serpiente venenosa es más necesaria que el perro fiel.

Ahora bien, como todas esas proposiciones son insostenibles, debemos admitir que estamos imposibilitados de aniquilar las obras de la naturaleza, que la única cosa que hacemos al entregarnos a la destrucción es esperar un cambio en las formas, que no puede extinguir la vida. No está al alcance del poder humano demostrar que existe crimen alguno en la supuesta destrucción de una criatura, de cualquier edad, de cualquier sexo, de cualquier especie que la imaginéis.

Avanzando más aún en la serie de consecuencias, que nacen unas de las otras, habrá que convenir finalmente que, lejos de perjudicar a la naturaleza, la acción que cometéis al transformar sus diferentes obras es ventajosa para ella, puesto que le suministra la materia prima para sus reconstrucciones, que serían impracticables si nada fuera destruido.

¡Bien, dejadla hacer!, diréis. Seguramente, dejadla hacer. Pero son sus dictados los que sigue el hombre cuando se entrega al homicidio. Es la naturaleza la que lo aconseja. y el hombre que destruye a su semejante es a la naturaleza lo que la peste o el hambre, igualmente enviadas por su mano, que se sirve de todos los medios posibles para obtener esta destrucción, absolutamente necesaria para su obra. Dignémonos iluminar nuestras almas un instante con la sagrada llama de la filosofía:

¿qué otra voz que la de la naturaleza nos sugiere los odios personales, las venganzas, las guerras; en una palabra, todas esas eternas causas de asesinato? Pues, si ella nos lo aconseja, es porque lo necesita. ¿Cómo podemos, en tal caso, sentirnos culpables hacia ella, cuando no hacemos más que cumplir sus proyectos?

Esto es más que suficiente para convencer a todo lector esclarecido de que es imposible que el asesinato pueda nunca ultrajar a la naturaleza.

¿Es un crimen en política? Reconozcamos, al contrario, que el asesinato es, desgraciadamente, una de las más poderosas fuerzas de la política. ¿No fue a fuerza de asesinatos que Roma se hizo dueña del mundo? ¿No es a fuerza de asesinatos que Francia es libre hoy? Es inútil advertir que hablamos de las muertes ocasionadas por la guerra, y no de las atrocidades cometidas por los facciosos y los anarquistas: éstas merecen la execración pública, y sólo necesitan ser evocadas para excitar para siempre el horror y la indignación generales. ¿Cuál es la ciencia humana que tiene mayor necesidad de ser sostenida por el asesinato? Las guerras, único fruto de esta bárbara política, ¿son otra cosa que los medios de que ella se nutre, con los que se fortifica y se sostiene? ¿Y qué es la guerra sino la ciencia de la destrucción? Extraña ceguera del hombre, que enseña públicamente el arte de matar, recompensa al que lo practica

Librodot

mejor, y castiga al que, por alguna razón particular, es abatido por el enemigo. ¿No es tiempo de corregir tan bárbaros errores?

Finalmente, ¿es el asesinato un crimen contra la sociedad? ¿Quién puede suponerlo razonablemente? ¡Ay! ¿Qué le importa a esa numerosa sociedad que haya en ella un miembro de más o de menos? Sus leyes, sus hábitos, sus costumbres ¿se verán viciados por ello? ¿Alguna vez la muerte de un individuo influyó sobre la población en general? Y después de las muertes de una gran batalla, qué digo, después de la extinción de la mitad del mundo, o de su totalidad si queréis, ¿experimentará el pequeño número de sobrevivientes la menor alteración material? ¡Ay! no. La naturaleza entera no la experimentará, y el estúpido orgullo humano, que cree que todo fue creado para él, se asombraría al saber que después de la destrucción total de la especie nada ha variado en la naturaleza, y que el curso de los astros no se alteró. Continuemos.

¿Cómo sería visto el asesinato en un Estado republicano militar?

Sería seguramente de lo más peligroso contemplar desfavorablemente o castigar esta acción. La altivez republicana exige un poco de ferocidad; si se ablanda, si su energía se pierde, pronto será sojuzgada. Aquí se presenta una reflexión muy singular. Pero como es verdadera a pesar de su osadía, la expondré. Una nación que comienza a gobernarse como república se sostiene sólo con sus virtudes porque para llegar a más hace falta siempre empezar con menos; pero una nación ya vieja y corrompida, que sacude violentamente el yugo de su gobierno monárquico para adoptar uno republicano, sólo se puede mantener mediante el crimen, porque ya vive en él, y si intenta pasar del crimen a la virtud, de un estado violento a uno pacífico, caerá en una inercia que pronto la conducirá a la ruina. ¿Qué pasará con el árbol transplantado de un terreno pleno de vigor a una llanura arenosa y seca? Todas las ideas intelectuales están de tal modo subordinadas a la física de la naturaleza, que las comparaciones por ella provistas no nos engañarán jamás en materia de moral.

Si en nombre de la gloria del Estado, acordáis a vuestros guerreros el derecho a destruir hombres, entonces, por la conservación de ese mismo Estado, acordad a cada individuo igual derecho a deshacerse, sin ultrajar la naturaleza, de los niños que no puede sostener y a los que el gobierno no puede socorrer; acordadle también el derecho de deshacerse, por su cuenta y riesgo, de los enemigos que pueden perjudicarlo; el resultado de esas acciones, absolutamente inofensivas en sí mismas, será el mantenimiento de la población en un número moderado, y nunca lo suficientemente grande como para trastornar vuestro gobierno. Dejad que los monárquicos digan que un Estado no es grande sino en razón de su extrema población; ese Estado siempre será pobre si su población supera sus medios de vida y será siempre floreciente si la contiene dentro de límites justos y puede comerciar sus excedentes. ¿No podáis el árbol cuando tiene demasiadas ramas? ¿No troncháis esas ramas para conservar el tronco? Todo sistema que se aparte de esos principios es una extravagancia cuyo abuso nos llevará pronto al derrumbe total del edificio que elevamos con tanta pena. Pero no es al hombre desarrollado a quien hay que destruir a fin de disminuir la población. Es injusto acortar los días de un individuo bien conformado; no lo es, me parece, impedirle llegar a la vida a un ser que, sin duda, será

inútil al mundo. La especie humana debería ser depurada desde la cuna; el ser que supongáis que jamás podrá ser útil a la sociedad es el que debe ser eliminado de su seno. He aquí el único medio razonable de disminuir una población cuya extensión excesiva es, como lo terminamos de demostrar, el más peligroso de los abusos.

Es tiempo de resumir.

¿El asesinato debe ser reprimido por el asesinato? No, indudablemente. No impongamos jamás al asesino otra pena que aquella en que él puede incurrir por la venganza de los amigos o los familiares de la víctima. Os perdono, dijo Luis XV a Charolais, que había matado a un hombre por divertirse, pero haré lo mismo con el que os mate. Todo el fundamento de la ley contra los asesinos está contenido en esa frase sublime.

En una palabra, el asesinato es un horror, pero un horror frecuentemente necesario, nunca criminal, y que debe ser tolerado en un Estado republicano. He demostrado que el universo entero nos da ejemplo de esto. Pero ¿debe ser considerado el asesinato una acción punible con la muerte? Los que respondan al siguiente dilema habrán satisfecho la cuestión.

¿Es el asesinato un crimen, o no lo es?

Si no lo es, ¿por qué crear leyes que lo castiguen? Y si lo es, ¿por qué bárbara y estúpida inconsecuencia lo castigáis con un crimen semejante?

MAXIMAS Y PENSAMIENTOS CHAMFORT

La mayor virtud de NICOLAS SEBASTIEN ROCA, llamado CHAMFORT (1741-1794) fue el ingenio, y la ejerció con aptitud corrosiva. Aunque hoy apenas recordamos sus Máximas, fueron malos versos y tragedias los que le ganaron una ubicación en la Academia y una pensión de María Antonieta. La ferocidad de sus frases no cautivó a los hombres de la Revolución: Chamfort fue arrestado por el Comité de Salud Pública y, tras intentarlo un par de veces, logró suicidarse en la prisión.

Se cuentan aproximadamente 150 millones de almas en Europa, el doble en África, más del triple en Asia; admitiendo que América y las Tierras Australes no contengan más que la mitad de las que hay en nuestro hemisferio, se puede asegurar que mueren todos los días, sobre nuestro globo, más de cien mil hombres. Un hombre que haya vivido sólo treinta años, habrá escapado aproximadamente 1.400 veces a esta espantosa destrucción.

El mundo físico parece la obra de un ser poderoso y bueno que se vio obligado a abandonar la ejecución de una parte de su plan a un ser maligno. Pero el mundo moral parece ser el producto de los caprichos de un diablo que se volvió loco.

Los azotes físicos y las calamidades de la naturaleza humana hicieron necesario el gobierno, y el gobierno se agregó a los desastres de la naturaleza. Los inconvenientes de la sociedad hicieron necesario el gobierno, y el gobierno se agregó a los desastres de la sociedad. Esta es la historia de la naturaleza humana.

Hace siglos que la opinión pública es la más malvada de las opiniones.

La esperanza no es más que un charlatán que nos engaña incesantemente. Para mí, la felicidad sélo comienza una vez que se la ha perdido. Yo pondría con mucho gusto sobre la puerta del Paraíso el verso que el Dante puso sobre la del Infierno:

Lasciate ogni Speranza, voi ch'entrate.

Para tener una idea justa de las cosas, hace falta dar a las palabras una significación opuesta a aquella que les da el mundo. Misantropía, por ejemplo, quiere decir filantropía; mal francés quiere decir buen ciudadano, que denuncia ciertos abusos monstruosos; filósofo, hombre simple, que sabe que dos y dos son cuatro, etcétera.

El matrimonio y el celibato tienen sus inconvenientes. Es conveniente preferir a aquel cuyos inconvenientes no son irremediables.

El amor gusta más que el matrimonio, por la misma razón que hace que las novelas sean más entretenidas que la historia.

Los pobres son los negros de Europa.

Cuando se considera que el producto del trabajo y de la inteligencia de treinta o cuarenta siglos ha servido para entregar trescientos millones de hombres repartidos sobre el planeta a una treintena de déspotas, en su mayoría ignorantes e imbéciles, cada uno de ellos gobernado por tres o cuatro pervertidos, algunas veces estúpidos, ,qué pensar de la humanidad, y qué esperar de ella para el porvenir?

Los reyes y los sacerdotes han proscripto la doctrina del suicidio, tratando de asegurar la duración de nuestra esclavitud. Nos quieren tener encerrados en una cárcel sin salida. Como ese malvado, en el Dante, que hace amurallar la puerta de la prisión que encierra al infeliz Ugolin.

AFORISMOS
GEORG CHRISTOPH LIGHTENBERG

GEORG CHRISTOPH LICHTENBERG (1742-1799) reflejó en Alemania la actitud de los moralistas franceses. Sin embargo, sus Aforismos demuestran un humorismo más profundo, más imaginativo que el de sus colegas. Lichtenberg fue profesor de astronomía, física y ciencias en la Universidad de Gotinga, y Nietzsche lo admiró.

Es una lástima que no sea posible observar las sabias entrañas de los literatos para averiguar de qué se alimentaron.

La mayor parte de las enseñanzas morales de Kant, ¿no serán el producto de la vejez, en la que las pasiones se debilitan y no queda más que la razón? Si el hombre muriese en la plenitud de su fuerza, ¿cuáles serían las consecuencias para el mundo? De la reposada sabiduría de la edad surgen extrañas elaboraciones. ¿No habrá alguna vez un Estado que sacrifique a los hombres a los cuarenta y cinco años?

Es posible que un perro o un elefante borracho tengan, antes de irse a dormir, ideas que no serían indignas de un maestro de filosofía. Pero les resultan inútiles. y son aventadas por sus sistemas sensoriales demasiado excitables.

El hombre es una obra maestra de la naturaleza por el solo hecho de que, con toda terquedad, cree actuar como un ser libre.

Las más peligrosas de las mentiras son verdades ligeramente desfiguradas.

Nada contribuye tanto a la paz del alma como no tener ninguna opinión.

Era un hombre tan inteligente que ya no servía para nada.

Hoy se intenta difundir la sabiduría en todas partes. ¿Quién sabe si dentro de algunos siglos no existirán universidades cuyo fin sea el restablecimiento de la antigua ignorancia?

Las enfermedades espirituales pueden producir la muerte, y ésta constituir un suicidio.

Hay gente incapaz de oír hasta que se le cortan las orejas.

Algunas personas sólo toman una decisión después de consultarla con su almohada. Eso está muy bien, pero a veces se corre el riesgo de ir preso con la almohada.

Si el tañido de las campanas contribuye al reposo de los muertos, no lo sé; para los vivos es abominable.

La autopsia no permite descubrir las enfermedades que desaparecen con la muerte.

Era uno de esos negros esclavos en las plantaciones de la literatura.

Las palabras que el autómata de Kempelen pronuncia más claramente son Papa y Roma. Curioso, diría un jesuita.

En Brunschwig se vendió en venta pública, por una importante suma, un tocado confeccionado con los cabellos íntimos de una doncella.

Las dos mujeres se abrazaron públicamente y permanecieron unidas como dos víboras in coitu. Errar es humano, en este sentido: los animales casi nunca se equivocan, salvo los más inteligentes.

EL ASESINATO CONSIDERADO COMO UNA DE LAS BELLAS ARTES
THOMAS DE QUINCEY

THOMAS DE QUINCEY (1784-1859) ejerció sobre su posteridad literaria una influencia cuyo valor supera al de su propia obra. Aunque De Quincey no intentó fundar una filosofía del asesinato, ni soñó que su broma podría ocupar lugar en tratados como la Estética de Max Bense, fue el primero en jugar con el crimen por placer estético, que sería uno de los lugares comunes del humor negro. Que el humorismo de De Quincey es inextinguible, debaría probarlo el hecho de que no haya sido desgastado por el uso y la admiración de tanto literato, entre Baudelaire y Borges.

El lector puede recordar que hace algunos años me presenté como un dilettante del asesinato. Quizá dilettante sea una palabra muy fuerte. Conocedor conviene más a los escrúpulos y debilidades del gusto público. Supongo que no hay nada malo en ello, al menos. Un hombre no está obligado a poner sus ojos, sus oídos y su entendimiento en el bolsillo del pantalón cuando se encuentra con un asesinato. Si no está en un estado categóricamente comatoso, supongo que debe notar que un asesinato es mejor o peor que otro, en lo tocante al buen gusto. Los asesinatos tienen sus pequeñas diferencias y matices de mérito, del mismo modo que las estatuas, cuadros, oratorios, camafeos, intaglios, y qué sé yo qué más. Podéis enojaros con un hombre porque habla en exceso o demasiado públicamente (en cuanto al "en exceso", yo lo niego: un hombre nunca puede cultivar su gusto en exceso), pero debéis permitirle pensar, de todos modos. Bien, ¿lo creeréis?; todos mis vecinos supieron de ese pequeño ensayo

estético que he publicado. Infortunadamente, sabiendo al mismo tiempo de un club con el que estuve relacionado y de una comida que presidí, ambos tendientes al mismo objeto que el ensayo, o sea: la difusión de un gusto bien asentado entre los súbditos de Su Majestad, inventaron las calumnias más bárbaras contra mi persona. Especialmente, dijeron que yo o que el club (lo que viene a ser la misma cosa) habíamos ofrecido subvenciones a homicidas de buena actuación, con una escala de quitas en caso de cualquier defecto o imperfección, de acuerdo con una tabla publicada para los amigos íntimos. Permitidme decir toda la verdad sobre la comida y el club, y se verá lo malicioso que es el mundo. Pero primero, confidencialmente, permitidme decir cuáles son mis verdaderos principios sobre el asunto en cuestión.

En lo que se refiere a asesinatos, no cometí uno en mi vida. Es cosa bien conocida entre todos mis amigos. Puedo conseguir un certificado para demostrarlo, firmado por un montón de gente. En realidad, si ustedes tocan la cuestión, yo dudo que haya mucha gente capaz de producir un certificado tan fuerte. El mío sería tan grande como un mantel de desayuno. Es cierto que existe un miembro del club que pretende decir que me pilló mostrándome demasiado liberal con su cuello una noche en el club, después que todos se hubieron retirado. Pero observad que él cuenta su historia de acuerdo con su grado de sobriedad. Cuando no va más lejos, se contenta con afirmar que me atrapó poniendo el ojo sobre su pescuezo, y que estuve melancólico durante las semanas siguientes, y que mi voz sonaba de un modo que expresaba, para el delicado oído de un connaisseur, el sentimiento por la oportunidad perdida. Pero todo el club sabe que él mismo es un hombre frustrado. Además, éste es un asunto entre dos aficionados, y todo el mundo debe perdonar las pequeñas asperezas y mentirillas en un caso semejante.

"Pero", diréis vosotros, "si no sois asesino, podéis haber estimulado, o aun encargado, un asesinato".

No, por mi honor, no. Y éste es precisamente el punto que deseaba desarrollar para vuestra satisfacción. La verdad es que soy un hombre muy especial en todo lo relacionado con el asesinato; y quizá llevo mi delicadeza demasiado lejos. El Estagirita, muy justamente, y quizá teniendo en cuenta mi caso, ubicó la virtud en el punto medio entre dos extremos. Una mediocridad brillante seria todo lo que el hombre puede ambicionar. Pero es más fácil decirlo que hacerlo, y siendo notoriamente mi punto débil una excesiva dulzura de corazón, encuentro difícil mantener esa juiciosa línea ecuatorial entre los dos polos del demasiado asesinato, por un lado, y el demasiado poco, por el otro. Creo que si yo manejara las cosas, difícilmente habría un asesinato por año. En realidad, yo estoy con la paz, la tranquilidad y la docilidad.

Una vez un hombre se me presentó como candidato para ocupar el puesto de mi sirviente, entonces vacante. Tenía la reputación de haber incursionado algo en nuestro arte, según algunos no sin mérito. Lo que me alarmó, sin embargo, fue que él suponía que su arte formaba parte de sus deberes regulares en mi servicio, y que me pidió que esto fuera considerado en su salario. Ahora bien, era algo que yo no permitiría, de modo que le dije en seguida: "Richard (o James como podría ser el caso), usted interpreta mal mi carácter. Si un hombre quiere y debe practicar esta difícil (y permitidme que agregue, peligrosa) rama del arte, si siente una vocación irresistible hacia ella, en tal caso, todo lo que yo le digo es que él podría continuar sus estudios tan bien

a mi servicio como al de cualquier otro. Y puedo señalar también que no puede causarle daño, ni a él ni al sujeto sobre el cual opere, aceptar los consejos de hombres de mayor gusto que el suyo.

Pero en cuanto a cualquier caso particular, de una vez por todas, no deseo tener nada que ver con él. Nunca me habléis en especial de ninguna obra de arte que estéis meditando. Estoy predispuesto contra ella in toto. Porque si un hombre se permite el asesinato una vez, muy pronto llega a parecerle nada el robo, y de robar pasa a beber y a no respetar la fiesta del Sábado, y de esto a la descortesía y la pereza. Una vez en el camino descendente, uno nunca sabe adónde irá a parar. La ruina de muchos hombres data de uno u otro asesinato, al que quizás en su momento dieron poca importancia. Principiis obsta; ése es mi lema". Tal fue mi discurso, y siempre he actuado de acuerdo con él. Si esto no es ver virtuoso, me alegraría saber qué lo es.

Pero ya es tiempo de que diga unas pocas palabras sobre los principios del asesinato, no con el fin de regular vuestra práctica, sino vuestro discernimiento: las viejas y la chusma de lectores de periódicos se contentan con cualquier cosa, con tal de que sea bastante sangrienta, pero un hombre de espíritu sensible exige algo más. Primero, entonces, hablemos de la clase de persona que mejor se adapta al propósito del asesino; segundo, del lugar del hecho; tercero, de la ocasión y• otros pequeños detalles.

En cuanto a la persona, creo que es evidente que debe ser un hombre de bien, porque si no lo fuera podría estar proyectando un asesinato al mismo tiempo, y esas agarradas en las que "el diamante talla al diamante", aunque bastante entretenidas cuando no hay nada mejor a la vista, no son lo que un crítico puede permitirse llamar asesinatos. Podría mencionar algunas personas (no daré nombres) que han sido asesinadas en una callejuela oscura, y hasta ahí todo parecía bastante correcto, pero examinando más detenidamente el asunto el público vino a enterarse de que la misma parte asesinada planeó, en su momento, robar a su asesino por lo menos, y posiblemente hasta matarlo, si hubiera sido lo bastante fuerte. Siempre que sea ése el caso, o que se pueda sospechar que lo es, adiós a todos los genuinos efectos del arte.

Porque el propósito final del asesinato, considerado como una de las bellas artes, es precisamente el mismo de la tragedia, como lo describió Aristóteles: "purificar el corazón por medio de la piedad y el terror". Ahora bien, terror puede haber, pero ¿cómo puede haber piedad alguna para un tigre destruido por otro tigre?

También es evidente que la persona elegida no debería ser un hombre público. Por ejemplo, ningún artista juicioso hubiera intentado asesinar a Abraham Newland. Porque era el caso que todo el mundo había leído tanto sobre Abraham Newland, y tan poca gente lo había visto, que en la opinión general no era otra cosa que una idea abstracta. Recuerdo que una vez, cuando se me ocurrió mencionar que había comido en un café en compañía de Abraham Newland, todos me miraron despectivamente, como si hubiera pretendido haber jugado al billar con el Preste Juan o haber sostenido un lance de honor con el Papa. Y dicho sea de paso, el Papa sería una persona muy inadecuada para asesinar, porque posee tal ubicuidad virtual como padre de la Cristiandad y, como el cuco, es tan frecuentemente oído pero nunca visto, que sospecho que la mayoría de la gente lo considera también a él una idea abstracta. Pero ciertamente, cuando un hombre público tiene la costumbre de ofrecer banquetes "con todos los bocados de la estación", el caso es muy distinto: todos están convencidos de que él no es una idea abstracta y, por consiguiente, no puede haber impropiedad en

asesinarlo; solamente que su asesinato caerá en una categoría de asesinato de la que no me he ocupado todavía.

Además, el sujeto escogido debe gozar de buena salud; porque es absolutamente bárbaro matar a una persona enferma, que resulta, generalmente, incapaz de soportarlo. En base a este principio, no se debería elegir a un sastre mayor de veinticinco años, porque después de esa edad generalmente es dispéptico. O, al menos, si un hombre debe cazar en ese coto, ha de considerar su deber natural, de

acuerdo con la antigua ecuación establecida, asesinar a algún múltiplo de 9, digamos 18, 27 6 36. Aquí, en esta benévola consideración a la comodidad de la gente enferma, observaréis el efecto común de una bella arte para enternecer y refinar los sentimientos. En general, caballeros, el mundo es muy sanguinario, y todo lo que quiere en un asesinato es una copiosa efusión de sangre; un despliegue chillón en este punto es suficiente para ellos. Pero el conocedor ilustrado es más refinado en sus gustos, y el resultado de nuestro arte, como el de todas las otras artes liberales, cuando son dominadas a conciencia, es humanizar el corazón. Tan cierto es, que

Ingenuas didieisse fideliter artes
Emollit mores, nec sinit esse feros.

Un amigo filósofo, bien conocido por su filantropía y bondad, sugiere que el sujeto elegido debería tener también niños que dependan totalmente de su trabajo, a fin de profundizar el pathos. Y verdaderamente, ésta es una precaución juiciosa. Sin embargo, yo no insistiría demasiado vivamente en semejante condición. El estricto buen gusto la sugiere incuestionablemente, pero mientras el hombre sea inobjetable en materia de moral y salud, yo no observaría con celo demasiado cuidadoso una restricción que podría tener el efecto de limitar el campo del artista.

Esto en lo que se refiere a la persona. En lo que hace a la ocasión, el lugar y los instrumentos, tengo muchas cosas que decir, para las que no hay lugar ahora. El buen sentido del practicante lo ha dirigido generalmente a la noche y la intimidad. Sin embargo, no han faltado casos que se desviaron de la regla con efectos excelentes. Con respecto al tiempo, el caso de Mrs. Ruscombe es una hermosa excepción que ya he mencionado, y con respecto tanto al tiempo como al lugar, existe una bella excepción en los anales de Edimburgo (año 1805), familiar a todo niño de esa ciudad, pero que ha sido irresponsablemente defraudada en su debida porción de fama entre los aficionados ingleses. El caso al que me refiero es el del portero de uno de los bancos, que fue asesinado mientras llevaba un saco con dinero, a plena luz del día, a la vuelta de High Street, una de las calles más concurridas de Europa. Y hasta este momento el asesino no ha sido descubierto.

Sed fugit interea, f ugit irreparabile tempus,
Singula dum captí circumvectamur amore.

Librodot

UN POBRE VERGONZANTE
XAVIER FORNERET

La incierta gloria del excéntrico XAVIER FORNERET (1809-1884) se funda casi exclusivamente sobre el poema Un pobre vergonzante, que todo libro sobre humor negro repite con delectación. Se trata, prácticamente, del único éxito de Forneret.

La sacó
de su bolsillo roto,
la puso bajo sus ojos
y la miró bien,
diciendo: "¡Infeliz!"

La sopló
con su boca húmeda,
casi sentía miedo
de un pensamiento horrible
que le partía el alma.

La mojó
con una lágrima helada
que cayó por casualidad.
Agujereado era su cuarto
más que un bazar.

La frotó
sin calentarla;
apenas si la sentía.
Pellizcada por el frío,
ella se apartaba.

La pesó
como se pesa una idea,
sosteniéndola en el aire.
Y luego la midió
con un hilo de hierro.

La tocó
con sus labios arrugados.

Ella gritó
con un frenético espanto:
"¡Adiós, bésame!"

Él la besó.
Y luego la cruzó
sobre el reloj del cuerpo,
que, ya casi sin cuerda,
mala, pesadamente latía.

La palpó
con una mano resuelta
a hacerla morir:
-Sí, es un bocado
como para alimentarse.

La dobló,
la rompió,
la ubicó,
la cortó,
la lavó,
la llevó,
la asó,
la comió.

Cuando aún era niño, le habían dicho: "Si tienes hambre, cómete una de tus manos".

De Vapeurs ni vers ni prose.

LA CUERDA
CHARLES BAUDELAIRE

Con CHARLES PIERRE BAUDELAIRE (1821-1867) el humor negro alcanza un lugar importante en la literatura francesa. Baudelaire no es un bromista como De Quincey (a quien leyó) o muchos surrealistas; su humorismo reconcentrado y tenso es de una tenebrosa sinceridad. La versión que se reproduce de La cuerda fue publicada en L'Artiste del 1° de noviembre de 1864; las otras suelen suprimir el último párrafo.

Las ilusiones -me decía mi amigo- son quizá tan innumerables como las relaciones de los hombres entre ellos, o de los hombres con las cosas. Y cuando la ilusión desaparece, es decir, cuando vemos al ser o el hecho tal cual existen fuera de nosotros, experimentamos un sentimiento extraño, complicado, mitad lamento por el fantasma desaparecido y mitad sorpresa agradable frente a la novedad, frente al hecho real. Si existe un fenómeno evidente, trivial, siempre semejante y de una índole respecto de la cual es imposible equivocarse, ése es el amor materno. Una madre sin amor materno es tan difícil de suponer como una luz sin calor. ¿No resulta, pues, perfectamente legítimo atribuir al amor materno todas las acciones y las palabras de una madre para con su hijo? Y sin embargo, escuche esta pequeña historia, en la que fui singularmente chasqueado por la más natural ilusión.

Mi profesión de pintor me impulsa a mirar atentamente los rostros, las fisonomías que se ofrecen en mi camino, y ya sabe usted qué goce extraemos de esta facultad que a nuestros ojos hace a la vida más viva y significativa que para los demás hombres. En el apartado barrio donde resido, en el que vastos espacios de césped aún separan los edificios, solía yo observar a un niño cuya fisonomía ardiente y traviesa, más que todos los otros rostros, me sedujo desde un primer momento. Más de una vez posó para mí, y yo lo transformé tan pronto en gitanillo, tan pronto en ángel, tan pronto en mitológico Amor. Hice que llevara el violín del vagabaundo, la Corona de Espinas, los Clavos de la Pasión, y la Tea de Eros. Toda la picardía del mocoso llegó, en fin, a hacerme sentir un placer tan vivo, que un día rogué a sus padres -gente muy pobre- que accedieran a dármelo, prometiéndoles vestirlo, darle algún dinero y no imponerle más esfuerzo que el de limpiar mis pinceles y hacer los mandados. El niño, ya aseado, se volvió encantador, y la vida que llevaba en mi casa le parecía un paraíso, comparada con la que había sufrido en el tugurio paterno. Sólo que debo decir a usted que aquel buen hombrecito solía asombrarme con algunas singulares crisis de precoz tristeza, y muy pronto manifestó un gusto inmoderado por el azúcar y los licores. Hasta que un buen día comprobé que a pesar de mis incontables advertencias había cometido un nuevo robo de esta especie y lo amenacé con devolverlo a sus padres. Luego me marché, y mis asuntos me retuvieron bastante tiempo fuera de mi casa.

¡Cuáles no serían mi horror y mi asombro cuando, al regresar, el primer objeto con que chocó mi mirada fue mi buen hombrecito, el travieso compañero de mi vida, colgado de un estante de mi armario! Sus pies casi tocaban el piso; una silla, que sin duda él había apartado de un puntapié, yacía derribada a su lado; su cabeza aparecía convulsivamente inclinada sobre un hombro; su rostro, hinchado, y sus ojos, abiertos muy grandes con una fijeza espantosa, suscitaron en mí, ante todo, la ilusión de la vida. Descolgarlo no era un trabajo tan fácil como usted pudiera creerlo. Ya estaba muy rígido, y yo sentía una inexplicable repugnancia por la idea de hacerlo caer bruscamente al suelo. Era menester sostenerlo íntegro con un brazo, y con la mano del otro cortar la cuerda. Pero ya hecho esto, no todo había concluido; el pequeño monstruo se había valido de un hilo de cáñamo muy delgado que había penetrado profundamente en la carne, y ahora era necesario, con unas tijeras muy afiladas, buscar la cuerda entre los dos rodetes de la hinchazón para liberarle el cuello.

He olvidado decirle que yo había pedido socorro a gritos, pero todos mis vecinos se habían negado a ayudarme, fieles en esto a las costumbres del hombre civilizado, que jamás quiere, no sé por qué, mezclarse en asuntos de ahorcados. Por último vino un médico y declaró que el niño había muerto hacía varias horas. Cuando más tarde

debimos desvestirlo para amortajarlo, la rigidez cadavérica era tal que, desesperando de poder flexionar sus miembros, hubimos de rasgar y cortar la ropa para sacársela.

El comisario, al que, naturalmente, debí denunciar el accidente, me miró de reojo y dijo: "¿Muy sospechoso!", movido sin duda por un deseo inveterado y una costumbre habitual de atemorizar, sea como fuere, tanto a los culpables como a los inocentes.

Quedaba una tarea suprema por cumplir, cuyo solo pensamiento me causaba una terrible angustia: había que avisar a los padres. Mis pies se negaban a llevarme. Por fin me armé de valor. Pero, con gran asombro de mi parte, la madre se mostró impasible; ni una lágrima asomó a sus ojos. Yo atribuí esta rareza al horror mismo que debía experimentar, y recordé la conocida sentencia: "Los dolores más terribles son los dolores mudos". En cuanto al padre, se contentó con decir, con un aire mitad atontado, mitad pensativo: "Después de todo, quizás haya sido mejor así; al fin y al cabo, habría terminado mal".

Sin embargo, el cuerpo permanecía extendido sobre mi diván, y asistido por una sirvienta me ocupaba yo de los últimos preparativos cuando la madre entró en mi taller. Quería, aclaró, ver el cadáver de su hijo. En verdad, yo no podía impedirle que se embriagara con su desgracia y negarle ese supremo y sombrío consuelo. En seguida me rogó que le mostrara el sitio donde su pequeño se había ahorcado. "¡Oh, no, señoral -le respondí-, le hará daño." Y como mis ojos involuntariamente se volvieran hacia el fúnebre armario, advertí, con un disgusto mezcla de horror y cólera, que el clavo había quedado fijo en la pared, con un largo cabo de cuerda que todavía se arrastraba. Vivamente me lancé a arrancar aquellos últimos vestigios de la desgracia, y ya iba a arrojarlos por la ventana abierta cuando la pobre mujer me tomó del brazo y me dijo con voz irresistible: "¡Oh, señor, deme eso, se lo ruego, se lo suplico!". Sin duda, su desesperación la había enloquecido, me pareció, en forma tal, que ahora se embargaba de ternura por lo que había servido de instrumento para la muerte de su hijo, y quería guardarlo como una horrible y amada reliquia. Y se apoderó del clavo y de la cuerda.

¡Por fin, por fin! Todo estaba cumplido. Ya no quedaba más que volver a mi trabajo, con más empeño que de costumbre, para espantar poco a poco aquel pequeño cadáver que se paseaba por los recovecos de mi mente y cuyo espectro me fatigaba con sus grandes ojos fijos.

Pero al día siguiente recibí un paquete de cartas: unas, de los inquilinos de mi casa; algunas otras, de las casas vecinas. Una del primer piso, otra del segundo, otra del tercero, y así por el estilo. Unas en estilo semicomplaciente, como procurando disfrazar bajo una aparente broma la sinceridad del pedido; otras groseramente descaradas y sin ortografía. Pero todas tendían a un mismo propósito, es decir, a obtener de mí un trozo de la funesta y beatífica cuerda. Entre los firmantes había, debo decirlo, más mujeres que hombres; pero ninguno, créame, pertenecía a la clase inferior y vulgar. He conservado esas cartas.

Y entonces, súbitamente, una luz se hizo en mi cerebro y comprendí por qué la madre se afanaba en arrancarme la cuerda y gracias a qué comercio creía consolarse.

"¡Caramba! -dije a mis amigos-, un metro de cuerda de ahorcado, a cien francos el decímetro, uno sobre otro, representa mil francos: un verdadero, un eficaz alivio para esa pobre madre."

De El Spleen de París.

¿QUIEN ROBO LAS TORTAS?
LEWIS CARROLL

El matemático CHARLES LUTWIDGE DOGSON (1832-1898) debe su gloria a una bellísima ficción poética, Alicia en el País de las Maravillas. Aunque es innegable que Alicia fue destinada a los niños, su alegoría -objeto de infinita interpretación- está fuera del alcance de la mente infantil. Martin Gardner señaló que el significado de la metáfora de Carroll es "que la vida, observada racionalmente y sin ilusión, parece ser una historia sin sentido, contada por un matemático idiota". Se nos ha hecho observar, también, que el enjuiciamiento de la Sota de Corazones prefigura El Proceso de Franz Kafka.

Cuando ellos llegaron, el Rey y la Reina de Corazones ya estaban sentados en sus tronos, con una gran multitud reunida a su alrededor: toda clase de pequeñas aves y bestias, y el mazo completo de la baraja. La Sota estaba ante ellos, encadenada, con un soldado a cada lado para custodiarla; y cerca del Rey estaba el Conejo Blanco, con una trompeta en una mano y un rollo de pergamino en la otra.

Alicia nunca había estado en un tribunal de justicia, pero había leído sobre ellos en los libros, y se sentía muy orgullosa de comprobar que conocía el nombre de casi todo lo que había allá. "Ese es el juez -se dijo a si misma-, por su gran peluca."

El juez, dicho sea de paso, era el Rey; y como llevaba su corona sobre la peluca, no parecía nada cómodo, y ciertamente no estaba elegante.

"Y ése es el estrado del jurado -pensó Alicia-, y esas doce criaturas, supongo que son los jurados." Repitió para sí misma esta última palabra dos o tres veces, sintiéndose más bien orgullosa de ello; porque creía, y con razón, que muy pocas muchachas de su edad conocían su significado. Los doce miembros del jurado escribían muy diligentemente en sus pizarras.

-¿Qué están haciendo? -susurró Alicia al Grifo-. No pueden tener nada que anotar antes que el proceso comience.

-Están anotando sus nombres -susurró el Grifo en respuesta-, por miedo a olvidarlos antes del final del proceso.

-¡Cosas estúpidas! -comenzó a decir Alicia con fuerte voz indignada; pero se interrumpió rápidamente, porque el Conejo Blanco gritó: -¡Silencio en la corte! -y el Rey se puso sus anteojos y miró ansiosamente a su alrededor para descubrir quién estaba hablando.

Alicia pudo ver, tan bien como si estuviera mirando por sobre sus hombros, que todos los miembros del jurado estaban escribiendo "¡Cosas estúpidas!" en sus pizarras, y aun pudo darse cuenta de que uno de ellos no sabía deletrear "estúpidas", y que tenía

que pedir a su vecino que le dijera cómo hacerlo. "¡Lindo lío serán sus pizarras, antes que el proceso termine!", pensó Alicia.

Uno de los jurados tenía un lápiz que rechinaba. Naturalmente, Alicia no podía soportarlo, y dio la vuelta a la corte y se puso tras él, y muy pronto encontró una oportunidad de quitárselo. Lo hizo tan rápidamente, que el pobre pequeño jurado (era Bill el lagarto) no pudo saber qué se había hecho del lápiz. De modo que, después de registrar todo a su alrededor, se vio obligado a escribir con un dedo durante el resto del día; y esto resultó de muy poca utilidad, puesto que no dejaba marca en la pizarra.

-¡Heraldo, leed la acusación! -dijo el Rey. En este momento, el Conejo Blanco hizo sonar tres veces la trompeta, desenrolló el pergamino, y leyó lo siguiente:

La Reina de Corazones preparó algunos pasteles para un día de verano;
La Sota de Corazones robó aquellos pasteles, los llevó a un lugar lejano.

-Considerad vuestro veredicto -dijo el Rey al jurado.

-¡Todavía no, todavía no! -interrumpió precipitadamente el Conejo-. ¡Hay mucho que hacer antes de eso!

-Llamad al primer testigo -dijo el Rey, y el Conejo Blanco sopló tres sones en la trompeta y llamó-: ¡Primer testigo!

El primer testigo era el Sombrerero. Llegó con una taza de té en una mano y un pedazo de pan con manteca en la otra.

-Pido perdón, Su Majestad -comenzó-, por traer esto aquí, pero no había terminado mi té cuando me vinieron a buscar.

-Deberías haberlo terminado -dijo el Rey-. ¿Cuándo lo empezaste?

El Sombrerero miró a la Liebre de Marzo, que lo había seguido a la corte, codo a codo con el Lirón.

-El catorce de marzo, creo que fue -dijo. -El quince -dijo la Liebre de Marzo. -El dieciséis -dijo el Lirón.

-Anotad eso -dijo el Rey al jurado, y los miembros del jurado anotaron las tres cifras en sus pizarras, y luego las sumaron, y redujeron las respuestas a chelines y peniques.

-Quítate tu sombrero -dijo el Rey al Sombrerero.

-No es mío -dijo el Sombrerero.

-!Robado! -exclamó el Rey, volviéndose hacia el jurado, que instantáneamente hizo un memorándum del hecho.

-Lo tengo para venderlo -agregó el Sombrerero como explicación-. No tengo ninguno de mi propiedad. Soy un sombrerero.

Aquí la Reina se puso sus anteojos y comenzó a mirar con dura fijeza al Sombrerero, que se puso pálido y tembloroso.

-Ofrece tu testimonio -dijo el Rey-, y no te pongas nervioso, o te haré ejecutar en este mismo sitio.

Esto no pareció animar para nada al testigo, que oscilaba, apoyándose ya sobre un pie, ya sobre el otro, mientras miraba desasosegadamente a la Reina; y en su confusión, mordió un gran pedazo de taza, en vez del pan con manteca, justo en este

momento, Alicia sintió una sensación muy curiosa, que le dio una buena sorpresa hasta que descubrió de qué se trataba: estaba empezando a crecer nuevamente y en un primer momento creyó que se elevaría y dejaría el tribunal, pero pensándolo dos veces, decidió permanecer donde estaba mientras hubiera lugar para ella.

-Me gustaría que no me estrujes -dijo el Lirón, que estaba sentado a su lado-. Apenas puedo respirar.

-No puedo remediarlo -dijo Alicia muy humildemente-. Estoy creciendo.

-No tienes derecho a crecer aquí -dijo el Lirón.

-No digas tonterías -dijo Alicia más audazmente-: sabes que tú también estás creciendo.

-Sí, pero yo crezco a un ritmo razonable -dijo el Lirón-, no de ese modo ridículo.

Y se levantó muy malhumorado y pasó al otro lado de la corte.

Durante todo este tiempo, la Reina no había dejado de mirar fijamente al Sombrerero, y precisamente cuando el Lirón atravesaba la corte, le dijo a uno de los ujieres:

-Traedme la lista de los cantores del último concierto -ante lo cual el desdichado Sombrerero tembló tanto, que se salió de sus zapatos.

-Da tu testimonio -repitió el Rey airadamente-, o te haré ejecutar, estés nervioso o no. -Soy un pobre hombre, su Majestad -empezó el Sombrerero con voz temblorosa-, y no había empezado mi té... no hace más de una semana o algo así... y en parte por lo escaso del pan con manteca, en parte por la titilación del té...

-¿La titilación de qué? -dijo el Rey.

-Empieza con el té -replicó el Sombrerero.

-¡Naturalmente, titilación empieza con T! -dijo el rey acaloradamente-. ¿Me tomas por tonto? ¡ Continúa!

-Soy un pobre hombre -prosiguió el Sombrerero-, y la mayoría de las cosas titilaban después que... sólo que la Liebre de Marzo dijo...

-¡No lo dije! -interrumpió la Liebre de Marzo, atropelladamente.

-¡Lo dijiste! -dijo el Sombrerero.

-¡Lo niego! -dijo la Liebre de Marzo.

-Lo niega -dijo el Rey-. Vayamos a otra cosa.

-Bien, en todo caso, el Lirón dijo.. . -continuó el Sombrerero, mirando ansiosamente a su alrededor para ver si el Lirón también negaría. Pero el Lirón no negó' nada, porque dormía profundamente.

-Después de eso -continuó el Sombrerero-, corté un poco más de pan con manteca...

-¿Pero qué es lo que dijo el Lirón? -preguntó uno del jurado.

-Eso es lo que no puedo recordar -dijo el Sombrerero.

-Debes recordarlo -subrayó el Rey-, o te haré ejecutar.

El desgraciado Sombrerero dejó caer la taza de té y el pan con manteca, y cayó de rodillas.

-Soy un pobre hombre, Su Majestad -empezó. -Eres un muy pobre orador -dijo el Rey. Aquí uno de los conejillos de la India aplaudió, y fue inmediatamente suprimido por los ujieres.

(Como éste es un término más bien duro, explicaré cómo fue hecho. Los ujieres tenían una gran bolsa que se cerraba en la boca por medio de cordeles. En ella metieron al conejillo, empezando por la cabeza, y después se sentaron encima).

-Si eso es todo lo que sabes sobre el asunto, puedes abandonar el lugar -continuó el Rey.

-No puedo ir más abajo -dijo el Sombrerero-. Tal como están las cosas, estoy contra el piso.

-Entonces puedes sentarte -replicó el Rey. Aquí, otro conejillo de las Indias aplaudió, y fue suprimido.

"¡Vaya, esto termina con los conejillos de Indias!", pensó Alicia. "Ahora estaremos mejor". -Me gustaría terminar mi té -dijo el Sombrerero, dirigiendo una mirada ansiosa hacia la Reina, que estaba leyendo la lista de cantores.

-Puedes irte -dijo el Rey, y el Sombrerero abandonó precipitadamente la corte, sin detenerse siquiera para ponerse los zapatos.

-...Y afuera con su cabeza -agregó la Reina a uno de los ujieres. Pero el Sombrerero se había perdido de vista antes que el ujier pudiera alcanzar la puerta.

-¡Llamad al siguiente testigo! -dijo el Rey.

El testigo siguiente era la cocinera de la Duquesa. Traía una caja de pimienta en la mano, y Alicia adivinó lo que era aún antes de que ella entrara en la corte, porque todos los que estaban cerca de la puerta comenzaron a estornudar al mismo tiempo.

-Da tu testimonio -dijo el Rey.

-No quiero -dijo la cocinera.

El Rey miró ansiosamente al Conejo Blanco, que dijo en voz baja:

-Su Majestad debe repreguntar a este testigo.

-Bien, si debo hacerlo, debo hacerlo -dijo el Rey con aire melancólico, y después de cruzar los

brazos y fruncir el ceño a la cocinera hasta que sus ojos casi dejaron de verse, dijo con voz profunda: -¿De qué están hechos los pasteles?

-De pimienta, principalmente -dijo la cocinera.

-De miel -dijo una voz somnolienta detrás suyo.

-¡Agarrad a ese Lirón! -chilló la Reina-. ¡Degollad a ese Lirón! ¡Sacad a ese Lirón del tribunal! ¡Suprimidlo! ¡Prendedlo! ¡Cortadle los bigotes! Durante algunos minutos toda la corte fue una confusión, y cuando todos volvieron a instalarse en sus lugares, una vez expulsado el Lirón, la cocinera había desaparecido.

-¿Qué sabes tú sobre este asunto? -dijo el Rey a Alicia.

-Nada -dijo Alicia.

-¿Absolutamente nada? -insistió el Rey. -Absolutamente nada -repuso Alicia.

-Esto tiene mucha importancia -dijo el Rey, volviéndose hacia el jurado. Sus integrantes comenzaron inmediatamente a tomar notas en sus pizarras, cuando el Conejo Blanco interrumpió:

-Poca importancia, quiso decir Su Majestad, naturalmente -dijo, en un tono muy respetuoso, pero frunciendo el ceño y haciendo muecas mientras hablaba.

-Naturalmente, poca importancia es lo que quise decir -dijo el Rey apresuradamente, y siguió para sí mismo en voz baja:

-Mucha importancia, poca importancia, poca importancia, mucha importancia - como si quisiera saber cuál sonaba mejor.

Algunos miembros del jurado anotaron "mucha importancia" y algunos "poca importancia". Alicia pudo verlo, porque estaba lo bastante cerca como para observar sus pizarras. "Pero esto no importa nada", pensó.

En ese instante, el Rey, que había estado muy ocupado durante algún tiempo escribiendo en su cuaderno de notas, exclamó:

-¡Silencio! -y leyó-: Artículo cuarenta y dos. Toda persona que mida más de una milla de altura debe abandonar el tribunal.

Todo el mundo miró a Alicia.

-Yo no mido una milla de altura -dijo Alicia.

-Sí -dijo el Rey.

-Casi dos millas de altura -agregó la Reina.

-Bueno, no me iré, de cualquier modo -dijo Alicia-. Además, ésa no es una regla válida: la habéis inventado ahora.

-Es la regla más vieja del libro -dijo el Rey.

-Entonces debería ser la Número Uno -dijo Alicia.

El Rey se puso pálido, y cerró rápidamente su libro de notas.

-¡Considerad vuestro veredicto! -dijo al jurado, en voz baja y temblorosa.

De Alice's Adventures in Wonderland.

FLORES DE LAS TINIEBLAS
CONDE VILLIERS DE L ISLE ADAM

AUGUSTE VILLIERS DE L'ISLE ADAM (1840-1889) perteneció a una familia noble, arruinada por la Revolución. Publicó poemas, novelas y dramas, pero sus obras más conocidas son los Contes cruels (1883) y Les Nouveaux Contes cruels (1888), en los que suele asomar una ironía feroz y exaltada.

¡Oh, bellas veladas! Ante los resplandecientes cafés de los bulevares, sobre las terrazas de las heladerías de . moda, ¡cuántas mujeres en vestidos vivaces, cuántas elegantes trotacalles se sienten a gusto!

Aqui están las pequeñas vendedoras de flores que circulan con sus cestos.

Las bellas desocupadas aceptan esas flores que pasan, recogidas, misteriosas.

-¿Misteriosas? -¡Si, si las hay!

Sabed, sonrientes lectoras, que existe en París mismo cierta agencia sombría que se entiende con varios conductores de entierros lujosos y hasta con los mismos sepultureros, con el fin de robar a los difuntos de la mañana y no dejar que se marchiten inútilmente sobre las sepulturas frescas todos esos espléndidos bouquets, todas esas coronas, todas esas rosas con los que, por centenares, la piedad filial o conyugal sobrecarga diariamente los catafalcos.

Esas flores son casi siempre olvidadas tras las tenebrosas ceremonias. No se piensa en ellas, hay apuro por irse... ¡Es comprensible!

Es entonces cuando nuestros amables sepultureros se muestran más felices. ¡Estos señores no olvidan las flores! No viven en las nubes. Ellos son gente práctica. Las roban a brazadas, silenciosamente. Arrojarlas rápidamente por arriba del muro, sobre un carro propicio, es para ellos cosa de un instante.

Dos o tres de los más vivos y despabilados llevan la preciosa carga a unos floristas amigos que, gracias a sus dedos de hada, arreglan de mil formas, en múltiples bouquets de corpiño y de mano, y aun en rosas aisladas, esos melancólicos despojos.

Entonces llegan las pequeñas vendedoras nocturnas, cada una con su canastilla. Cuando los primeros fulgores reverberan, circulan por los bulevares, ante las terrazas resplandecientes, por los mil lugares de placer.

Y los jóvenes aburridos, ansiosos de quedar bien ante las elegantes por las que sienten alguna inclinación, adquieren esas flores a alto precio y las ofrecen a sus damas.

Estas, todas blancas de maquillaje, las aceptan con una sonrisa indiferente y las conservan en la mano, o las colocan en la juntura de sus corpiños.

Y los reflejos del gas vuelven los rostros pálidos. De modo que estas criaturas-espectros, así adornadas con las flores de la Muerte, llevan, sin saberlo, el emblema del amor que dieron y del amor que reciben.

De Contes cruels.

MI CRIMEN FAVORITO
AMBROSE BIERCE

A pesar de que Breton desdeñó u olvidó incluirlo en su Antología, AMBROSE BIERCE (1842-1913?) es una figura clave del humor negro. Practicó con tenacidad precursora la impiedad, el cinismo y la delectación ante lo macabro, si bien su cáustica visión de la humanidad no está exenta, a veces, de cierto moralismo. En eso estaba cuando desapareció misteriosamente de la vista, mientras buscaba reunirse con la gente de Pancho Villa. Su obra de tesis es el Diccionario del Diablo.

Habiendo asesinado a mi padre en circunstancias singularmente atroces, fui arrestado y enjuiciado en un proceso que duró siete años. Al exhortar al jurado, el juez de la Corte de Absoluciones señaló que el mío era uno de los más espantosos crímenes que había tenido que juzgar.

A lo que mi abogado se levantó y dijo:

-Si Vuestra Señoría me permite, los crímenes son horribles o agradables sólo por comparación. Si conociera usted los detalles del asesinato previo de su tío que cometió mi cliente, discerniría en su último delito (si es que delito puede llamarse) una especie de tierna indulgencia y de filial consideración por los sentimientos de la víctima. La aterradora ferocidad del anterior asesinato era verdaderamente

incompatible con cualquier hipótesis que no fuera la de culpabilidad; y de no haber sido por el hecho de que el honorable juez que presidió el juicio era el presidente de la compañía de seguros en la que mi cliente tenía una póliza contra riesgos de ahorcamiento, es difícil estimar cómo podría haber sido decentemente absuelto. Si Su Señoría desea oírlo, para instrucción y guía de la mente de Su Señoría, este infeliz hombre, mi cliente, consentirá en tomarse el trabajo de relatarlo bajo juramento.

El Fiscal del Distrito dijo:

-Me opongo, Su Señoría. Tal declaración tendría sentido de prueba, y los testimonios del caso han sido cerrados. La declaración del prisionero debió presentarse hace tres años, en la primavera de 1881.

-En sentido estatutario -dijo el juez- tiene razón, y en la Corte de Objeciones y Tecnicismos obtendría fallo a su favor. Pero no en una Corte de Absoluciones. Objeción denegada.

-Recuso -dijo el Fiscal de distrito.

-No puede hacerlo -contestó el juez-. Debo recordarle que para hacer una recusación debe lograr primero transferir este caso, por un tiempo, a la Corte de Recusaciones, en una demanda formal, debidamente justificada en declaraciones escritas. Una demanda a ese efecto, hecha por su predecesor en el cargo, le fue denegada por mí durante el primer año de este juicio. Oficial, haga jurar al prisionero.

Habiendo sido administrado el juramento de costumbre, hice la declaración siguiente, que impresionó al juez con tan fuerte sensación de la comparativa trivialidad del delito por el cual se me juzgaba, que no buscó ya circunstancias atenuantes, sino que, sencillamente, instruyó al jurado para que me absolviera y abandoné la corte sin mancha alguna sobre mi reputación.

"Nací en 1856 en Kalamakee, Michigan, de padres honestos y honrados, uno de los cuales el Cielo ha perdonado piadosamente para consuelo de mis últimos años. En 1867 la familia llegó a California y se estableció cerca de Nigger Head abriendo una empresa de salteadores de caminos que prosperó más allá de cualquier sueño de avaricia. Mi padre era entonces un hombre reticente y melancólico y aunque su creciente edad ha relajado un poco su austera disposición, creo que nada, fuera del recuerdo del triste episodio por el que ahora se me juzga, le impide manifestar una genuina hilaridad.

"Cuatro años después de haber puesto nuestra empresa de salteadores llegó hasta allí un predicador ambulante, que no teniendo otra manera de pagar el alojamiento nocturno que le dimos, nos favoreció con una exhortación de tal fuerza que, alabado sea Dios, nos convertimos a la religión. Mi padre mandó llamar a su hermano, el Honorable William Ridley, de Stockton, y apenas llegó le entregó el negocio, sin cobrarle nada por la licencia ni por la instalación... Esta última consistente en un rifle Winchester, una escopeta de caño serruchado y un juego de antifaces hechos con bolsas de harina. La familia se trasladó entonces a Ghost Rock y abrió una casa de baile. Se la llamó La Gaita del Descanso de los Santos' y cada noche la cosa empezaba con una plegaria. Fue aquí donde mi ahora santa madre adquirió el apodo de `La Morsa Galopante'.

"En el otoño del 75 tuve ocasión de visitar Coyote, en el camino de Mahala y tomé la diligencia en Ghost Rock. Había otros cuatro pasajeros. A unas tres millas más allá de Nigger Head, personas que identifiqué como mi tío William y sus dos hijos, detuvieron la diligencia. No encontrando nada en la caja del expreso, registraron a los pasajeros. Actué honorablemente en el asunto, colocándome en fila con los otros,

levantando las manos y permitiendo que me despojaran de cuarenta dólares y un reloj de oro. Por mi conducta nadie pudo haber sospechado que conocía a los caballeros que daban la función. Unos días después, cuando fui a Nigger Head y pedí la devolución de mi dinero y mi reloj, mi tío y mis primos juraron que no sabían nada del asunto y afectaron creer que mi padre y yo habíamos hecho el trabajo, violando deshonestamente la buena fe comercial. El tío William llegó a amenazar con poner una casa de baile competidora en Ghost Rock. Como `El descanso de los Santos' se había hecho muy impopular, me di cuenta de que esto sin duda alguna terminaría por arruinarla y se convertiría para ellos en una empresa de éxito, de modo que le dije a mi tío que estaba dispuesto a olvidar el pasado si consentía en incluirme en el proyecto y mantener el secreto de nuestra sociedad ante mi padre. Rechazó esta justa oferta y entonces percibí que todo sería mejor y más satisfactorio si él estuviera muerto.

"Mis planes para ese fin estuvieron pronto perfeccionados y al comunicárselos a mis amados padres tuve la satisfacción de recibir su aprobación. Mi padre dijo que estaba orgulloso de mí y mi madre prometió que aunque su religión le prohibiera ayudar a quitar vidas humanas, tendría yo la ventaja de contar con sus plegarias para mi éxito. Como medida preliminar con miras a mi seguridad en caso de descubrimiento, hice la solicitud de socio en esa poderosa orden, los Caballeros del Crimen, y a su debido tiempo fui recibido como miembro de la comandancia de Ghost Rock. Cuando terminó mi noviciado se me permitió por primera vez inspeccionar los registros de la Orden y saber quién pertenecía a ella, ya que todos los ritos de iniciación se habían llevado a cabo enmascarados. ¡Imaginen mi encanto cuando mirando la nómina de asociados encontré que el tercer nombre era el de mi tío, que en realidad era vicecanciller adjunto de la Orden! Era ésta una oportunidad que excedía mis sueños más desenfrenados: ¡al asesinato podía agregar la insubordinación y la traición! Era lo que mi buena madre hubiera llamado `un regalo de la Providencia'.

"Alrededor de esta época ocurrió algo que hizo que mi copa de júbilo, ya llena, desbordara por todos lados en una catarata circular de bienaventuranzas. Tres hombres, extranjeros en esa localidad, fueron arrestados por el robo a la diligencia en el que yo había perdido mi dinero y mi reloj. Fueron enjuiciados y a pesar de mis esfuerzos por absolverlos e imputar la culpa a tres de los más respetables y dignos ciudadanos de Ghost Rock, se los declaró culpables en base a las pruebas más evidentes. El asesinato de mi tío sería ahora tan injustificable e irrazonable como podía desearse.

"Una mañana me puse el rifle Winchester al hombro y yendo a casa de mi tío, cerca de Nigger Head, le pregunté a mi tía Mary, su esposa, si estaba él en casa, agregando que había venido a matarlo. Mi tía replicó, con su peculiar sonrisa, que tantos caballeros lo visitaban con esa intención y que después se iban sin haberlo logrado, que yo debía disculparla por dudar de mi buena fe en el asunto. Dijo que yo no daba la impresión de ir a matar a nadie, así que, como prueba de buena fe, levanté mi rifle y herí a un chino que pasaba frente a la casa. Ella dijo que conocía familias enteras que podían hacer cosas semejantes, pero que Bill Ridley era caballo de otro pelo. Dijo, sin embargo, que lo encontraría al otro lado del estero, en el solar de las ovejas y agregó que esperaba que ganara el mejor.

"Mi tía Mary era una de las mujeres más imparciales que he conocido.

"Encontré a mi tío arrodillado, ocupado en esquilar una oveja. Viendo que no tenía a mano rifle ni pistola no tuve ánimo para disparar, así que me acerqué, lo saludé

Librodot

amablemente y le di un buen golpe en la cabeza con la culata de mi rifle. Tengo buena mano y el tío William cayó sobre un costado, se dio vuelta luego sobre la espalda, abrió los dedos y tembló. Antes de que pudiera recobrar el uso de sus miembros tomé el cuchillo que él había estado usando y le corté los tendones. Ustedes saben, sin duda, que cuando se cortan los tendo Achillis el paciente pierde el uso de su pierna; es exactamente igual que si no tuviera pierna. Bien,

le seccioné los dos y cuando revivió estaba a mi servicio. Tan pronto como comprendió la situación dijo:

"-Samuel, has conseguido vencerme y puedes permitirte ser generoso. Sólo quiero pedirte una cosa y es que me lleves a mi casa y me liquides en el seno de mi familia.

"Le dije que consideraba éste un pedido perfectamente razonable y que así lo haría si me permitía ponerlo en una bolsa de trigo; sería más fácil llevarlo de esa manera y si los vecinos nos vieran en route provocaría menos comentarios. Estuvo de acuerdo y yendo al granero traje una bolsa. Esta, sin embargo, no le iba bien; era muy corta y mucho más ancha que él, así que doblé sus piernas, forcé las rodillas contra el pecho y así lo metí, atando la bolsa sobre su cabeza. Era un hombre pesado e hice todo lo posible por ponérmelo a la espalda, pero anduve a los tumbos un trecho hasta que llegué a una hamaca que algunos chicos habían colgado de la rama de un roble. Aquí lo deposité en el suelo y me senté sobre él a descansar, y la vista de la soga me proporcionó una feliz inspiración. A los veinte minutos, mi tío, siempre en la bolsa, se hamacaba libremente en alas del viento.

"Yo había descolgado la soga y atado un extremo en la boca de la bolsa, pasando el otro por la pierna y así lo levanté unos cinco pies del suelo. Atando el otro extremo de la soga también alrededor de la boca de la bolsa, tuve la satisfacción de ver a mi tío convertido en un hermoso gran péndulo. Debo agregar que el no estaba totalmente al tanto de la naturaleza del cambio que había experimentado en relación con el mundo exterior, aunque en justicia al recuerdo de un buen hombre, debo decir que no creo que en ningún caso él hubiera dedicado demasiado tiempo a un vano agradecimiento.

"El tío William tenía un carnero que era famoso como luchador en toda la región. Vivía en estado de indignación constitucional crónica. Algún profundo desengaño de su vida anterior le había agriado el carácter y había declarado la guerra al mundo entero. Decir que embestía cualquier cosa accesible es expresar muy levemente la naturaleza y alcance de su actividad militar: el universo era su antagonista, sus métodos los de un proyectil. Luchaba como los ángeles con los demonios: en medio del aire, hendiendo la atmósfera como un pájaro, describiendo una curva parabólica y descendiendo sobre su víctima en el ángulo justo de incidencia que más rendía a su velocidad y su peso. Su impulso, calculado en toneladas cúbicas, era algo increíble. Se lo había visto destrozar a un toro de cuatro años con un solo golpe dado en la nudosa frente del animal. No se conocía cerco de piedra que resistiera la fuerza de su golpe descendente; no había árboles bastante pesados para soportarlo; los convertía en astillas y profanaba en la oscuridad el honor de sus hojas. Este bruto irascible e implacable, este trueno encarnado, este monstruo de los abismos, había visto yo que descansaba a la sombra de un árbol adyacente, sumido en sueños de conquistas y de gloria. Con miras a atraerlo al campo del honor suspendí a su amo de la manera descripta.

"Completados mis preparativos, impartí al péndulo de mi tío una suave oscilación, y retirándome a cubierto de una piedra contigua, elevé mi voz en un largo

grito estridente cuya nota final decreciente se ahogaba en un ruido como el de un gato protestando, ruido que emanaba de la bolsa. Instantáneamente el formidable lanar se paró sobre sus patas y comprendió la situación militar de un vistazo. En pocos minutos más se había acercado piafando hasta unos cincuenta metros de distancia del oscilante enemigo, que, ora avanzando, ora retirándose, parecía invitarlo a la riña. De pronto vi la cabeza de la bestia inclinada hacia la tierra como abatida por el peso de sus enormes cuernos; luego el carnero se prolongó en una franja confusa y blanca directamente dirigida desde ese lugar, horizontalmente en dirección a un punto situado a unos cuatro metros por debajo del enemigo. Allí golpeó vivamente hacia arriba, y antes de que se hubiera borrado de mi mirada el lugar de donde había arrancado, oí un hórrido porrazo y un grito desgarrador y mi pobre tío fue disparado hacia adelante con un cabo suelto más alta que el miembro al que estaba atado. Aquí la soga se puso tensa de un tirón, deteniendo su vuelo y fue enviado atrás otra vez, describiendo, sin resuello, una curva de arco. El carnero se había tumbado -un indescriptible montón de patas, lanas y cuernos-, pero rehaciéndose y esquivando el vaivén descendente de su antagonista se retiró sin orden ni concierto, sacudiendo alternativamente la cabeza o pateando con sus patas traseras. Cuando había retrocedido a más o menos la misma distancia que la que había usado para asestar el golpe, se detuvo nuevamente. inclinó la cabeza como en una plegaria por la victoria y otra vez salió disparando hacia adelante, confusamente visible como antes: un prolongado rayo de luz blanca, con monstruosas ondulaciones y terminado en un vivo ascenso. Esta vez el curso del ataque dio en el ángulo exacto, comparado con el primero, y la impaciencia del animal era tan grande que golpeó al enemigo antes de que éste llegara al punto más bajo del arco. En consecuencia mi tío empezó a volar en círculos y círculos horizontales, de un radio igual a la mitad de la longitud de la soga que, he olvidado decirlo, era de unos seis metros de largo. Sus alaridos, *crescendo* al ir hacia adelante y *diminuendo* al retroceder, hacían que la rapidez de sus revoluciones fuera más evidente para el oído que para la vista. Evidentemente aún no había recibido un golpe en un lugar vital. La postura que tenía dentro de la bolsa y la distancia del suelo a que estaba colgado, obligaban al carnero a dedicarse a sus extremidades inferiores y al final de su espalda. Como una planta

cuyas raíces han encontrado un mineral venenoso, mi pobre tío iba muriendo lentamente hacia arriba. ,,Después de asestar el segundo golpe, el carnero no había vuelto a retirarse. La fiebre de la batalla ardía fogosamente en el corazón del animal, su cerebro estaba ebrio del vino de la contienda. Como el púgil que en su ira olvida sus habilidades y pelea sin efectividad a distancia de medio brazo, la bestia enfurecida se empeñaba por alcanzar su volante enemigo cuando pasaba sobre ella, con torpes saltos verticales, consiguiendo a veces, en realidad, golpearlo débilmente, pero las más de las veces caía a causa de su propia ansiedad mal dirigida. Pero a medida que el ímpetu se fue agotando y los círculos del hombre fueron disminuyendo en tamaño y velocidad, acercándolo más al suelo, esta táctica produjo mejores resultados, despertando una superior calidad de alaridos que disfruté plenamente.

"De pronto, como si las trompetas hubieran tocado tregua, el carnero suspendió las hostilidades y se marchó, frunciendo y desfrunciendo pensativamente su gran nariz aguileña y arrancando distraídamente un manojo de pasto y masticándolo con lentitud. Parecía haberse cansado de las alarmas de la guerra y haber resuelto convertir la espada en reja de arado para cultivar las artes de la paz. Siguió firmemente su camino, apartándose del campo de la fama hasta que ganó una distancia de cerca de un cuarto

de milla. Allí se detuvo, de espaldas al enemigo, rumiando su comida y en apariencia dormido. Observé, sin embargo, un giro ocasional muy leve de la cabeza, como si su apatía fuera más afectada que real.

"Entretanto, los alaridos del tío William habían menguado junto con su movimiento y sólo provenían de él lánguidos y largos quejidos, y a grandes intervalos mi nombre, pronunciado en suplicantes tonos, sumamente agradables a mi oído. Evidentemente el hombre no tenía la más leve idea de lo que le estaba ocurriendo y estaba inefablemente aterrorizado. Cuando la Muerte llega envuelta en su capa de misterio es realmente terrible. Poco a poco las oscilaciones de mi tío disminuyeron y finalmente colgó sin movimiento. Fui hacia él y estaba a punto de darle el coup de grace cuando oí y sentí una sucesión de vivos choques que sacudieron el suelo como una serie de leves terremotos, y, volviéndome en dirección del carnero, vi acercárseme una gran nube de polvo con inconcebible rapidez y alarmante efecto. A una distancia de treinta metros se detuvo en seco y del extremo más cercano ascendió por el aire lo que primero tomé por un gran pájaro blanco. Su ascenso era tan suave, fácil y regular que no pude darme cuenta de su extraordinaria celeridad y me perdí en la admiración de su gracia. Hasta hoy me queda la impresión de que era un movimiento lento, deliberado, como si el carnero -porque tal era el animal- hubiera sido levantado por otros poderes que los de su propio impetu y sostenido en las sucesivas etapas de su vuelo con infinita ternura y cuidado. Mis ojos siguieron sus progresos por el aire con inefable placer, mayor aún por contraste, con el terror que me había causado su acercamiento por tierra. Hacia arriba y hacia adelante navegaba, la cabeza casi escondida entre las patas delanteras echadas hacia atrás, y las posteriores estiradas como las de una garza que se remonta.

"A una altura de trece a quince metros, según puede calcularse a ojo, llegó a su zenit y pareció quedar inmóvil por un instante; luego, inclinándose repentinamente hacia adelante, sin alterar la posición relativa de sus partes, se lanzó hacia abajo en pendiente con aumentada velocidad, pasó muy próximo a mí, por encima mio con el ruido de una bala de cañón y golpeó a mi pobre tío casi exactamente en la punta de la cabeza. !Tan espantoso fue el impacto que no sólo rompió el cuello del hombre, sino que también la soga, y el cuerpo del difunto, lanzado contra el suelo, quedó aplastado

como pulpa bajo la horrible frente del meteórico carnero! La sacudida detuvo todos los relojes desde Lone Hand a Dutch Dan, y el profesor Davidson, distinguida autoridad, en asuntos sísmicos, que se encontraba en la vecidad, explicó inmediatamente que las vibraciones fueron de norte a sudeste.

"Sin excepción, no puedo dejar de pensar que en punto a atrocidad artística, mi asesinato del tío William ha sido superado pocas veces".

De El club de los parricidas.

PENSAMIENTOS
FRIEDRICH NIETZSCHE

En buena parte de su obra, FRIEDRICH NIETZSCHE (1844-1900) aplicó exitosamente el arte de equivocarse con vehemencia. La otra parte, la rescatable, podría contribuir en muchos aspectos a sistematizar una filosofía del humor negro. Pero la virtud de dudar, una condición necesaria para el humorista, fue ajena a Nietzsche. Es esta ineptitud la que inhabilita tantas páginas de su filosofía, transformándolas en la literatura de un hombre de genio.

Lo que conserva a la especie. - Son los espíritus fuertes y los espíritus malignos, los más fuertes y los más malignos, los que más estimularon hasta hoy el progreso de la humanidad: han animado constantemente las pasiones que se adormecían - toda sociedad civilizada adormece las pasiones-, han despertado constantemente el espíritu de comparación y contradicción, el gusto de lo nuevo, de lo arriesgado, de lo no ensayado; han obligado al hombre a oponer incesantemente las opiniones a las opiniones, los ideales a los ideales. La mayoría de las veces por las armas, derribando los mojones, violando las virtudes, ¡pero también fundando nuevas religiones, creando nuevas morales! Esta "maldad" que se encuentra en todo profesor de lo nuevo, en todo predicador de cosas nuevas, es la misma "maldad" que desacredita al conquistador, aunque se expresa más sutilmente y no moviliza tan inmediatamente el músculo; esto es lo que hace que ella no sea tan desprestigiosa. Lo nuevo, de cualquier manera, es malo, puesto que quiere conquistar, derribar las barreras, abatir las antiguas virtudes, ¡sólo lo antiguo es bueno! En toda época los hombres de bien son los que siembran profunda-

mente las viejas ideas para hacerles dar fruto, son los cultivadores del espíritu. Pero todo suelo termina por agotarse, y siempre hace falta que el arado del mal lo revigorice. Existe una doctrina moral, una doctrina fundamentalmente errónea, que está muy de moda en Inglaterra: enseña que "bien" y "mal" expresan una totalidad de experiencias de lo "oportuno" y lo "inoportuno", que se llama "bueno" a lo que conserva la especie, y "malo" a lo que le es pernicioso. Pero los malos instintos son en realidad tan oportunos, tan útiles, tan indispensables para la conservación de la especie, como los buenos: sólo que su función es diferente.

Santa Crueldad. - Un hombre, llevando un niño en brazos, encontró a un santo. "¿Qué debo hacer con este niño?", le preguntó, "es raquítico, contrahecho, ni siquiera tiene vida para morir". "Mátalo", exclamó el santo con voz terrible, "mátalo y llévalo tres días y tres noches en tus brazos para recordarlo siempre, para que nunca más engendres un niño cuya hora no haya llegado".

Habiendo entendido estas palabras el hombre se marchó; y muchos censuraron al santo porque había aconsejado algo cruel, porque había aconsejado matar al niño.

"¿Pero no sería más cruel dejarlo vivir?", respondió el santo.

La vida no es argumento. - Nos hemos acomodado un mundo en el que podemos vivir, admitiendo la existencia de cuerpos, de líneas, de superficies, de causas y de efectos, de movimiento y de reposo, de forma y de fondo: sin estos artículos de fe, hoy nadie soportaría la vida. Pero esto no prueba nada en su favor. La vida no es argumento; porque entre las condiciones de la vida podría encontrarse el error.

Una decisión peligrosa. - La decisión cristiana de encontrar al mundo feo y malvado ha vuelto al mundo feo y malvado.

El propósito del castigo. - "El castigo está hecho para mejorar al que castiga"; esta frase representa el último recurso de los defensores del castigo.

Sacrificio. - Del sacrificio y del espíritu de sacrificio, las víctimas tienen otra idea que los espectadores; pero nunca se les ha pedido la opinión.

Culpabilidad. - Aunque los jueces más sagaces, y hasta las mismas brujas, estaban convencidos del carácter culpable de las prácticas de brujería, la culpabilidad de las brujas nunca existió. Así sucede con toda culpabilidad.

Excepticismo supremo. - ¿Cuáles son, en último análisis, las verdades del hombre? Son sus errores irrefutables.

Lo más feo. - Es difícil creer que quien haya recorrido todo el mundo pueda haber hallado lugares más feos que el rostro humano.

Conversando. - Decidir si en una conversación debemos dar o negar la razón a nuestro interlocutor es cuestión de costumbre: ambas cosas se justifican.

El bien estimula la vida. - Todo lo bueno actúa como fuerte estimulante en favor de la vida. Este es, precisamente, el caso de un buen libro escrito contra la. vida.

Planificar. - Planificar y adoptar decisiones nos ofrece muchos momentos agradables; quien fuera capaz de no hacer en su vida otra cosa que planificar sería un hombre muy feliz. Pero le sería necesario, de vez en cuando, descansar un poca llevando algún plan a la práctica: entonces la cólera y la decepción lo embargarían.

El remordimiento. - El remordimiento es como la mordedura de un perro en una piedra: una tontería.

Por qué viven los mendigos. - Si la limosna sólo se diese por compasión, ya habrían desaparecido los mendigos.

LOS CANTOS DE MALDOROR
CONDE DE LAUTREAMONT

ISIDORE LUCIEN DUCASSE (1846-1870) es el nombre del misterioso autor de Los Cantos de Maldoror, la genial epopeya del mal adorada por los surrealistas y estructurada alrededor de un enfoque humorístico del universo que no tiene punto de comparación en la literatura mundial.

Hay un insecto que los hombres alimentan a su costa. No le deben nada, pero le temen. El tal, que no gusta del vino, y en cambio prefiere la sangre, si no se satisfacen sus legítimas necesidades, sería capaz, merced a un oculto poder, de adquirir el tamaño de un elefante y aplastar a los hombres como espigas. Por esa razón hay que ver cómo se le respeta, cómo se le tiene en la más alta estima por sobre todos los animales de la creación. Se le otorga la cabeza como trono, y él fija sus garras en la raíz de los cabellos, con dignidad. Más adelante, cuando está gordo y entra en una edad avanzada, imitando la costumbre de un antiguo pueblo, se le sacrifica a fin de que no sufra los achaques de la vejez. Le organizan grandes funerales, como a un héroe, y el féretro que lo conduce directamente hacia la losa del sepulcro es cargado sombre los hombros de los principales ciudadanos. junto a la tierra húmeda que el sepulturero extrae con su diestra. pala, se combinan frases multicolores sobre la inmortalidad del alma, sobre la futilidad de la vida, sobre la voluntad inexplicable de la providencia, y el mármol se cierra para siempre sobre esa existencia, laboriosamente cumplida, que ya no es más que un cadáver. La muchedumbre se dispersa, y la noche no tarda en cubrir con sus sombras los muros del cementerio.

Pero consolaos, humanos, de su dolorosa pérdida. He aquí que avanza su incontable familia, que os cede con toda liberalidad para que vuestra desesperación sea menos amarga y encuentre alivio en la grata presencia de esos engendros huraños, que se convertirán más tarde en magníficos piojos, con las galas de una notable belleza, monstruos con aire de sabios. Incubó muchas docenas de queridos huevos, con maternal dedicación, sobre vuestros cabellos desecados por la succión encarnizada de esos temibles forasteros. Pronto llega el momento en que los huevos estallan. No os preocupéis, esos adolescentes filósofos no tardan en desarrollarse a

través de esta vida efímera. Se desarrollarán hasta un punto que no podréis ignorar gracias a sus garras y órganos chupadores.

Vosotros no sabéis por qué razón no devoran vuestro cráneo, conformándose con extraer mediante sus bombas la quintaesencia de vuestra sangre. Un momento de paciencia que os lo voy a explicar: no lo hacen, simplemente, porque carecen de la fuerza suficiente. Tened por seguro que si sus mandíbulas respondieran a la magnitud de sus ansias infinitas, los sesos, la retina, la columna vertebral, todo vuestro cuerpo desaparecería. Como una gota de agua. Sobre la cabeza de algún mendigo joven de la calle observad con un microscopio a un piojo que trabaja: ya me contaréis después. Desgraciadamente son pequeños, esos bandoleros de enorme melena. No servirían para conscriptos, pues no alcanzan la talla exigida por la ley. Pertenecen al mundo liliputiense de los patizambos, y los ciegos no vacilan en clasificarlos entre los infinitamente pequeños. Desgraciado el cachalote que luchara contra un piojo. Sería devorado en un abrir y cerrar de ojos, a pesar de su talla. Ni siquiera la cola quedaría para anunciar la nueva. El elefante se deja acariciar, el piojo no. No os aconsejo intentar esa experiencia peligrosa. Especial cuidado debéis tener si vuestra mano es peluda, y también si sólo está compuesta de carne y huesos. Vuestros dedos no tendrán remedio. Crujirán como si estuvieran sometidos a la tortura. La piel desaparece por un extraño encantamiento. Los piojos nunca pueden llegar a cometer tanto mal como el que les sugiere su imaginación. Si encontráis un piojo en vuestro camino, seguid adelante sin lamerle las papilas de la lengua. Os ocurriría alguna desgracia. Eso está probado. No importa, estoy de todos modos contento por la magnitud del mal que te hace, ¡oh, raza humana!, aunque me gustaría que todavía te hiciera más.

¿Hasta cuándo mantendrás el culto carcomido de ese dios, insensible a tus plegarias y a las ofrendas generosas que le presentas en holocausto expiatorio? Ya lo ves, el horrible manitú no te agradece las grandes copas de sangre y de seso que tú distribuyes en sus altares, piadosamente adornados con guirnaldas de flores. No te agradece..., pues los terremotos y las tempestades continúan haciendo estragos desde el comienzo de las cosas. Y sin embargo -hecho digno de ser observadomientras más indiferente se muestra, más lo admiras. Se ve que tú sospechas la existencia de cualidades que él conserva ocultas; y tu razonamiento se apoya en la siguiente consideración: que sólo una divinidad de poder superior puede mostrar tanto menosprecio hacia los fieles que obedecen a su religión. Por eso en cada país existen dioses distintos: aquí el cocodrilo, allá la mercenaria del amor; pero cuando se trata del piojo, al conjuro de ese nombre sagrado, todos los pueblos sin excepción inclinan las cabezas de su esclavitud, arrodillándose juntos en el atrio augusto ante el pedestal del ídolo informe y sanguinario. El pueblo que no obedeciera a sus propios instintos rastreros y diera señales de rebelión desaparecería tarde o temprano de la tierra, como hoja de otoño, aniquilado por la venganza del dios inexorable.

¡Oh, piojo de pupila contraída!, en tanto que los ríos derramen el declive de sus aguas en los abismos del mar, en tanto que los astros persistan en la trayectoria de sus órbitas, en tanto que el mundo vacío no tenga límites, en tanto que la humanidad desgarre sus propios flancos en guerras funestas, en tanto que la justicia divina arroje sus rayos vengadores sobre este globo egoísta, en tanto que el hombre desconozca a su creador y se burle de él -no sin razón- agregando una pizca de desprecio, tu reino estará asegurado sobre el universo, y tu dinastía extenderá sus eslabones de siglo en siglo. Yo te saludo, sol naciente, libertador celestial, a ti, enemigo recóndito del

Librodot

hombre; continúa aconsejando a la inmundicia que se una con él en impuros abrazos, y que le prometa con juramentos no escritos en el polvo, que seguirá siendo su fiel amante por toda la eternidad. Besa de vez en cuando el vestido de ese gran impúdico, como gratitud por los servicios importantes que nunca deja de prestarte. Si ella no sedujera al hombre con sus pechos lascivos, probablemente no existirías, tú, producto de ese acoplamiento justo y consecuente. ¡Oh, hijo de la inmundicia!, di a tu madre que si abandona el lecho del hombre para encaminarse por rutas solitarias, sola y sin protección, llegará a ver su existencia comprometida. Que sus entrañas, que te llevaron nueve meses entre sus perfumadas paredes, se conmuevan un instante con los peligros que de resultas correría su tierno fruto tan gentil y tranquilo, pero en adelante helado y feroz. Inmundicia, reina de los imperios, cuida, en presencia de mi odio, el espectáculo del crecimiento insensible de los músculos de tu prole hambrienta. Para lograr ese propósito, sabes que no tienes más que ceñirte estrechamente al costado del hombre. Tú puedes hacerlo sin que el pudor se resienta, porque ambos estáis desposados desde hace mucho tiempo.

Por mi parte, si se me permite agregar algunas palabras a este himno de glorificación, diré que he hecho construir un foso de cuarenta leguas cuadradas y de profundidad. proporcionada. Allí reposa, en su inmunda virginidad, un yacimiento viviente de piojos, que cubre el fondo del foso, y luego serpentea en amplias y densas vetas en todas direcciones. He aquí cómo he construido este yacimiento artificial. Saqué un piojo hembra de la cabellera de la humanidad. Me han visto acostarme con ella por tres noches consecutivas, y luego la eché en el foso. La fecundación humana, que hubiera sido nula en casos parecidos, fue aceptada esta vez por la fatalidad, y, al cabo de algunos días, millares de monstruos, bullendo en una maraña compacta de materia, surgieron a la luz. Esa maraña horrorosa se volvió con el tiempo más y más enorme, adquiriendo las propiedades líquidas del mercurio y ramificándose en cuantiosos ramales que en la actualidad se nutren devorándose unos a otros (los nacimientos superan a las muertes), salvo que yo les arroje como alimento algún bastardo recién nacido cuya madre desea su muerte, o un brazo que logro cortar a alguna muchacha, de noche, merced al cloroformo. Cada quince años las generaciones de piojos que se alimentan del hombre disminuyen notablemente, y ellas mismas predicen, indefectiblemente, la época cercana de su completa extinción. Pues el hombre, más inteligente que su enemigo, logra vencerlo. Entonces, con una pala infernal que acrecienta mis fuerzas, extraigo de este yacimiento inagotable, bloques de piojos tan grandes como montañas; los corto a hachazos y los transporto, en las noches profundas, a las arterias de las ciudades. Allí, en contacto con la temperatura humana, se derriten como en los tiempos de su primitiva formación en las galerías tortuosas del yacimiento subterráneo, se labran un lecho en la grava, y se expanden en arroyos por las habitaciones, como espíritus perniciosos. El guardián de la casa ladra sordamente, pues le parece que una legión de seres desconocidos penetra por los poros de las paredes y acarrea el terror a la cabecera del sueño. Quizá no hayáis dejado de oír, por lo menos una vez en la vida, esas clases de ladridos dolorosos y prolongados. Con sus ojos impotentes trata de penetrar en la oscuridad de la noche, pues su cerebro de perro no comprende lo que sucede. Ese murmullo lo irrita, y se siente traicionado. Millones de enemigos se abaten así sobre cada ciudad como nubes de langosta. Helos ahí por quince años. Combatirán al hombre provocándole lesiones abrasadoras. Después de transcurrido ese lapso, enviaré una nueva cantidad. Cuando trituro los bloques de materia animada, puede suceder que un fragmento sea más compacto que

Librodot

otros. Sus átomos se esfuerzan rabiosamente por separar su aglomeración, para ir a atormentar a la humanidad: pero la cohesión se mantiene firme. En un espasmo supremo, engendran tal energía, que la piedra, no pudiendo dispersar sus elementos vivientes, se lanza ella misma hacia las alturas como por efecto de la pólvora, para volver a caer introduciéndose profundamente en el suelo. A veces, el labriego soñador percibe un aerolito que hiende verticalmente el espacio, para dirigirse al bajar hacia un campo de maíz. Ignora de dónde procede la piedra. Vosotros tenéis ahora la explicación clara y sucinta del fenómeno. Si la tierra estuviera cubierta de piojos como de granos de arena la orilla del mar, la raza humana sería aniquilada, presa de terribles dolores. ¡Qué espectáculo! ¡Y yo, con alas de ángel, inmóvil en los aires, para presenciarlo!

CONTRA NATURA
JORIS CARL HUYSMANS

GEORGES CHARLES MARIE HUYSMANS (1848-1907) alternó la rutina de la burocracia ministerial francesa con famosas incursiones en la novela naturalista. Esta afición le valió la amistad de Zola, pero no le impidió merodear los paraísos artificiales y el satanismo. A Rebours, publicada en 1884, inspiró a Oscar Wilde El Retrato de Dorian Gray. En 1895, Huysmans se convirtió al catolicismo.

Recordó que hacía algunos años estaba caminando una tarde por la Rue de Rivoli, cuando se encontró con un muchacho de unos dieciséis años, de ojos sagaces, tan atractivo a su modo como una muchacha. Estaba chupando afanosamente un cigarrillo deshecho, del que caían briznas de tabaco ordinario. El muchacho frotaba los fósforos de cocina maldiciendo; ninguno encendía, y pronto se terminaron. Al percibir la presencia de Des Esseintes, que estaba parado observándolo, se acercó a él, tocó su gorra, y le pidió fuego muy cortésmente. Des Esseintes le ofreció algunos de sus fragantes Dubéques, entró en conversación con él y lo convenció para que le contara la historia de su vida.

Nada podría haber sido más trivial: su nombre era Auguste Langlois, trabajaba para un cartonero, había perdido a su madre y su padre lo zurraba.

Des Esseintes lo escuchaba pensativamente.

-Vamos a beber algo -dijo, y lo llevó a un café, donde lo obsequió con un poco de ponche, que el muchacho bebió sin pronunciar palabra.

-Veamos -dijo Des Esseintes de pronto-: ¿qué te parecería un poco de diversión esta noche? Yo pago, naturalmente.

Y salió con el mozalbete hacia un establecimiento en el tercer piso de una casa en la Rue Mosnier, donde una cierta Madame Laura mantenía un surtido de lindas

muchachas en una serie de compartimientos carmesí amueblados con espejos circulares, canapés y jofainas.

-¿De modo que no es por su propia cuenta que usted ha venido aquí esta noche? -preguntó Madame Laura a Des Esseintes-. ¿Pero de dónde diablos sacó a ese niño? -agregó, mientras Auguste desaparecía con una hermosa judía.

-De la calle, querida.

-Pero usted no está borracho -murmuró la vieja señora. Entonces, después de pensar un momento, brindó una sonrisa maternal y comprensiva.

-¡Ah, ahora veo, pícaro! Los prefiere jóvenes, ¿no es cierto?

Des Esseintes se encogió de hombros.

-No, está equivocada, muy equivocada -dijo-. La simple verdad es que estoy tratando de hacer un asesino del muchacho. A ver si puede seguir el hilo de mi razonamiento. El chico es virgen y ha alcanzado la edad en que la sangre comienza a hervir. Naturalmente, podría correr tras las muchachas de su barrio, conservarse honesto y aun tener su poco de diversión, gozar su pequeña parte de esa tediosa felicidad permitida a los pobres. Pero trayéndolo acá, precipitándolo en una lujuria que nunca conoció y nunca olvidará, y dándole idéntico tratamiento cada quince días, espero inculcar en él la necesidad de esos placeres que no puede pagarse. Suponiendo que tomará tres meses hacer que esos placeres se vuelvan absolutamente indispensables -espaciándolos como lo hago para evitar el riesgo de saciar su apetito-, al final de esos tres meses interrumpiré la pequeña pensión que le pagaré a usted por adelantado para que se muestre amable con el muchacho. Y para conseguir el dinero para pagar sus visitas a este lugar, se volverá ladrón, hará cualquier cosa que lo ayude a ubicarse en uno de sus divanes. Contemplando el lado optimista de las cosas, espero que un buen día matará al caballero que regresaba inesperadamente mientras él estaba forzando su escritorio. Ese día mi objeto se habrá cumplido: habré contribuido, con mi mejor habilidad, a la formación de un truhán, de un enemigo más de esta horrible sociedad que nos desangra.

La mujer lo miraba sorprendida, con los ojos muy abiertos.

-¡Ah, ahí estás! -exclamó él, viendo que Auguste había vuelto a la habitación, enrojecido y avergonzado, ocultándose tras su judía-. Vamos, muchacho, se está haciendo tarde. Dile buenas noches a las señoras.

Mientras bajaban la escalera, le explicó que una vez cada quince días le pagaría una visita a Madame Laura. Y apenas hubieron llegado a la calle, miró fijamente al perplejo muchacho y le dijo:

-No nos veremos otra vez. Corre a casa de tu padre, cuya mano debe estar esperándote, y recuerda esta casi evangélica sentencia: Haz a los otros lo que no te gustaría que te hicieran a ti. -Buenas noches, señor.

-Otra cosa. Cualquier cosa que hagas, muestra alguna gratitud por lo que he hecho por ti, y házmela conocer tan pronto como puedas, preferiblemente a través de las columnas de la Gaceta Policial.

Ahora, sentado ante el fuego y atizando las brazas, Des Esseintes murmuraba para sí mismo:

-¡El pequeño Judas! ¡Pensar que ni una vez vi su nombre en los periódicos! Es verdad que jugué un juego arriesgado, en el que era imposible prevenir ciertas contingencias obvias: la posibilidad de que la vieja mamá Laura me timara, embolsando el dinero sin entregar la mercadería; la posibilidad de que una de las mujeres se encaprichara con Auguste, de modo que cuando los tres meses pasaron, le

haya permitido tener gratis su diversión; y hasta la posibilidad de que los exóticos vicios de la hermosa judía hayan intimidado al chico, que podría ser demasiado joven e impaciente para soportar sus lentos preliminares y sus salvajes climax, de modo que, a menos que él se haya alzado contra la ley después que regresé a Fontenay y dejé de leer los periódicos, he perdido el tiempo.

Eran las tres de la mañana. Encendió un cigarrillo y volvió a la lectura, interrumpida por su divagación, del antiguo poema latino De Laude Castitatis, escrito en el reino de Gondebaldo por Avitus, Arzobispo Metropolitano de Viena.

De A rebours.

EL CLUB DE LOS SUICIDAS
ROBERT LOUIS STEVENSON

El paso por la vida de ROBERT LOUIS STEVENSON (18501894) constituyó una etapa importante en la evolución de la short story, pero esto interesa poco a quienes se deleitan con sus narraciones más famosas, La Isla del Tesoro y El Extraño Caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde. El humorismo de Stevenson suele infiltrarse con delicadeza en la trama de sus cuentos.

Mr. Malthus observó al coronel con curiosidad, y después le rogó que se sentase a su lado.

-¿Usted es un recién llegado, y desea información? -dijo-. Ha acudido a la fuente apropiada. Han pasado dos años desde que visité por primera vez este Club encantador.

-¡Qué! -exclamó el coronel-. ¡Dos años! He sospechado, y ahora lo compruebo, que he sido objeto de una burla.

-De ninguna manera -replicó Mr. Malthus indulgentemente-. Mi caso es especial. Yo no soy, propiamente hablando, un suicida, sino algo así como un miembro honorario. Raramente visito el Club un par de veces por bimestre. Mi debilidad y la amabilidad del Presidente me han procurado esas pequeñas inmunidades por las que pago, además, una cuota suplementaria. Y aun así, mi suerte ha sido extraordinaria.

-Temo -dijo el coronel-, que debo pedirle que sea más explícito. Usted debe recordar que aún no estoy perfectamente familiarizado con las reglas del Club.

-Un miembro ordinario que llega aquí en busca de la muerte, como usted -replicó el paralítico-, vuelve cada noche hasta que la fortuna lo favorece. Aun puede, si anda sin dinero, obtener comida y hospedaje del Presidente: muy pasable y limpio creo, aunque naturalmente, nada lujoso; esto último difícilmente podría ser, considerando la exigüidad (si puedo expresarme así) de la suscripción. Y además, la compañía del Presidente es un bocado en sí misma.

-¡Verdaderamente él no parece estar muy bien dispuesto hacia mil -exclamó Geraldine.

-¡Ahl -dijo Mr. Malthus-, usted no lo conoce al hombre: ¡el tipo más chistoso! ¡Qué cuentos! ¡Qué cinismo! Conoce la vida hasta la admiración. Y entre nosotros, es el pícaro más corrompido de la cristiandad.

-¿Y él es vitalicio como usted, si puedo decirlo así sin ofensa? -preguntó el coronel.

-Por cierto, él es vitalicio en un sentido muy diferente -replicó Mr. Malthus-. Yo he sido graciosamente privilegiado, pero debo partir al fin. Ahora bien, él nunca juega. El mezcla el mazo y da cartas para el Club, y hace los arreglos necesarios. Ese hombre, mi querido Mr. Hammersmith, es el alma misma de la ingenuidad. Durante tres años ha perseguido en Londres su útil y, creo que pueda agregarlo, artística vocación, y ni una vez se alzó un murmullo de sorpresa. Para mí está inspirado. ¿Usted recuerda sin duda el celebrado caso, hace seis meses, del caballero que fue envenenado accidentalmente en la tienda de un farmacéutico? Fue una de las menos ricas, de las menos chispeantes de sus ideas; y sin embargo, ¡qué simple! ¡y qué segural

-Usted me aturde -dijo el coronel-. ¿Fue ese infortunado caballero una de las... -Iba a decir "víctimas", pero reflexionando a tiempo, sustituyó:- miembros del Club?

En el mismo instante, se le ocurrió que Mr. Malthus no había hablado en absoluto en el tono de quien está enamorado de la muerte, y agregó precipitadamente:

-Pero advierto que estoy todavía en la oscuridad. Usted habla de mezclar y dar cartas: sírvase decirme con qué fin. Y puesto que usted parece más poco dispuesto a morir que otra cosa, debo confesar que no puedo imaginar absolutamente qué lo trae aquí.

-Usted dice con razón que está en la oscuridad -replicó Mr. Malthus con más animación-. Mi querido señor, este Club es el templo de la intoxicación. Usted puede estar seguro de que si mi debilitada salud pudiera soportar la excitación más frecuentemente yo vendría aquí con más frecuencia. Hace falta todo el sentido del deber engendrado por un largo hábito de la mala salud y el régimen cuidadoso para abstenerme del exceso en esto que es, lo puedo decir, mi última disipación. Lo he intentado todo, señor -prosiguió, poniendo su mano sobre el brazo de Geraldine-, todo sin excepción, y le declaro por mi honor que no existe nada que no haya sido grosera y falsamente sobrevaluado. La gente pierde el tiempo con el amor. Ahora bien, yo niego que el amor sea una pasión fuerte. Pasión fuerte es el miedo. Es con el miedo con lo que usted debe jugar si quiere saborear las mas intensas alegrías de vivir. ¡Envídieme, envídieme, señor! -agregó con una risita-. ¡Soy un cobarde!

Geraldine apenas pudo reprimir un movimiento de repulsión ante este ser vil. Pero se contuvo con un esfuerzo, y continuó su investigación.

-Señor -preguntó-, ¿cómo se prolonga tan artificiosamente la excitación? ¿Y dónde hay algún elemento de incertidumbre?

-Debo explicarle cómo es elegida la víctima de cada noche -respondió Mr. Malthus-, y no solamente la víctima, sino otro miembro que es el instrumento en las manos del Club, y alto sacerdote de la muerte para esa ocasión.

-¡Buen Dios! -dijo el coronel-, ¿entonces se matan uno al otro?

-La inconveniencia del suicidio es eliminada de ese modo -respondió Mr. Malthus, inclinando la cabeza.

-¡Cielo misericordioso) -exclamó el coronel-. ¿Y puede usted, puedo yo, puede mi amigo, puede alguno de nosotros ser escogido esta noche como el matador del cuerpo y del espíritu inmortal de otro hombre? ¿Pueden ser posibles tales cosas entre hombres nacidos de mujeres? ¡Oh, infamia de infamias!

-Después de todo -agregó-, ¿por qué no? Y puesto que usted dice que el juego es interesante, vogue la galére, ¡yo sigo al Club!

Mr. Malthus había disfrutado profundamente el aturdimiento y el disgusto del coronel. Sentía el orgullo de la maldad, y gozaba viendo a otro hombre cediendo a un impulso generoso, mientras él, en su completa corrupción, se sentía superior a tales emociones.

-Ahora, después de su primer momento de sorpresa -dijo-, usted está en condición de apreciar las delicias de nuestra sociedad. Usted puede ver cómo combina la excitación de una mesa de juego, un duelo y un anfiteatro romano. Los paganos lo hacían bastante bien; admiro cordialmente el refinamiento de sus mentes. Pero estaba reservado a un país cristiano alcanzar este extremo, esta quintaesencia, este absoluto de lo estimulante. Usted comprenderá qué insípidas resultan todas las diversiones a un hombre que ha adquirido paladar para ésta. El juego que jugamos -continuó- es uno extremadamente simple. Una baraja completa..., pero observo que usted va a ver la cosa sobre la marcha. ¿Me ofrecerá la ayuda de su brazo? Estoy infortunadamente paralizado.

-Es un mazo de cincuenta y dos naipes- susurró Mr. Malthus-. Esperemos al as de espadas, que es el signo de la muerte, al as de bastos, que designa al ejecutor de la noche. ¡Felices, felices jóvenes! -agregó-. Tenéis buenos ojos y podéis

seguir el juego. Yo no puedo distinguir un as de un dos de un lado a otro de la mesa.

Y procedió a equiparse con un segundo par de anteojos.

-Por lo menos, tengo que observar los rostros -explicó.

A la mañana siguiente, apenas el Príncipe hubo despertado, el coronel Geraldine le trajo un matutino, con la siguiente noticia marcada:

MELANCOLICO ACCIDENTE

Esta madrugada, cerca de las dos, Mr. Bartholomew Malthus, de 16 Chepstow Place, Westbourne Grove, que regresaba a su domicilio de una reunión en casa de un amigo, cayó sobre la baranda superior de Trafalgar Square, fracturándose el cráneo y rompiéndose un brazo y una pierna. La muerte fue instantánea. En el momento del accidente, Mr. Malthus, acompañado por un amigo, buscaba un coche. Como Mr. Malthus era paralítico, se cree que la caída pudo haber sido ocasionada por un ataque. El desgraciado caballero era bien conocido en los círculos más respetables, y su pérdida será amplia y profundamente deplorada.

De New Arabian Nights.

EL CONCILIO DEL AMOR
OSKAR PANIZ ZA

En El Concilio del Amor, el alemán OSKAR PANIZZA (1853-1921) reúne a los personajes celestiales que, enojados por los pecados de Alejandro VI, Borgia y sus compatriotas, encomiendan al Diablo la invención de un castigo ejemplar. El demonio crea una bellísima mujer, que desencadenará la sífilis sobre la Tierra. Otra de sus obras, La Inmaculada Concepción de los Papas, fue confiscada y destruida. Panizza murió encerrado en un asilo.

MARÍA (imperiosa). - ¿Quién es esta persona? (Silencio.) ¿Quién te ha permitido entrar? ¿De dónde vienes? ¿Vienes de allá abajo? ¿Eres una muerta? ¿O eres algo mejor aún: una santa? ¿Qué vienes a hacer aquí? ¿Querrías hacerme compañía? ¿Pero con qué derecho...? (Temblorosa. Aparece el Diablo tras la "Mujer"; agitado, como si hubiese corrido. Hace una reverencia profunda ante María).

EL DIABLO. - Señora... (presentando a la "Mujer"), mi hija. (Los ángeles huyen dando gritos.)

MARÍA (desciende de su trono, muy asombrada). - ¡Ah!

EL DIABLO. - Espero que te guste...

MARÍA. -¿Gustarme? No: ¡es demasiado hermosa para gustarme! Este ser va a eclipsar a todo el mundo, así en el Cielo como en la Tierra. Yo esperaba encontrarme con un monstruo.

EL DIABLO. -Señora, a fin de...

MARÍA. - ¡Señora, señora! ¡Yo soy la Virgen Eterna, la Bienaventurada Madre de Dios! ¡Trata de no olvidarlo! (Le echa un vistazo a la "Mujer".)

EL DIABLO. - Todavía no está en condiciones de captar ese tipo de sutilezas. ¡Es como un niño! MARÍA. - ¿No habla en lengua alguna?

EL DIABLO. - ¡Dios me libre!

MARÍA. - ¿Habla en su propia lengua?

EL DIABLO. - Habla en la lengua de todas las mujeres, la de la peor seducción.

MARÍA. - Creo que te has extralimitado en Nuestro programa. ¿Qué hacer con esta magnífica criatura?

EL DIABLO. -De todos modos, era preciso que...

MARÍA (interrumpe). - Si yo hubiera querido, habría podido tomar a uno de mis ángeles, incluso habría podido...

EL DIABLO. - ¡Oh, mi Graciosísima, nunca jamás! Olvidáis...

MARÍA. - ¡Ah, sí, es cierto, es cierto! ¿Pero por qué esta enceguecedora belleza, por qué esta gracia? (En voz baja:) ¿No corremos el riesgo de desmerecernos a sus ojos?

EL DIABLO. - Puedes admirarla cuanto gustes. Aún todo lo ignora.

(María se la come con los ojos; luego, impulsada por un brusco movimiento, la abraza y la besa. La "Mujer" retrocede, espantada.)

MARÍA (subyugada). - ¡Qué maravilla! ¡Diríase un niño!

EL DIABLO (con acento patético, deliberadamente cómico). - ¡Justamente salida de las manos del Creador!

MARÍA. - ¡Oh, bufón! ¿Pero de dónde proviene esta criatura?

EL DIABLO (dándose importancia). -Es un secreto de fábrica que no podemos revelar. Pero puedo decirte quién es su madre.

MARÍA. - ¿Ah sí?

EL DIABLO. - Una tal Salomé, hermosa cortadora de cabezas. Bailando ganó una cabeza aún calentita.

MARÍA (reflexionando). - ¿Y no está entre nosotros, aquí en el Cielo?

EL DIABLO (seco). -No, no. Mujeres como ésa no tenéis en vuestra casa.

MARÍA (fascinada por la "Mujer'). - Mujeres como ésta no tenemos en nuestra casa... Y sin embargo, ¡qué enceguecedora belleza!

EL DIABLO. -Todo cuanto en ella puedas ver lo heredó de su madre.

MARÍA. -De su madre...

EL DIABLO (sarcástico). - ¡Y también algo más que no puedes ver!

MARÍA (guiñada de complicidad). - ¡Perfecto! ¿Y aparte ... ?

EL DIABLO. - Las cualidades del padre han de manifestarse más tarde, cuando haya adquirido experiencia.

MARÍA. -¡Lo dudo!

EL DIABLO. - ¡Ah, mi forma deslumbraba!

MARÍA. - ¿Y esta casta belleza, estos ojos incomparables, esta promesa de voluptuosidades no conocidas, esta bondad y esta piedad sobrenaturales, todo esto, dime, es lo que va a envenenar y destruir a los hombres?

EL DIABLO (con firmeza). - ¡Sí, esto es!

MARÍA. -¿Pero cómo es posible?

EL DIABLO (mordaz). - ¿Posible? La fuerza del veneno que contienen sus venas es tal, que a aquel que se atreva a tocarla se le pondrán los ojos, quince días más tarde, como bolas de vidrio. ¡Hasta los pensamientos han de coagulársele! Después, su esperanza bostezará como un pejerrey disecado. Seis semanas más tarde, al contemplarse el cuerpo, se preguntará: ¿pero éste soy yo? Se le caerá el cabello, se le caerán las pestañas y también los dientes; sus articulaciones y su mandíbula perderán toda solidez. Al cabo de tres meses tendrá toda la piel agujereada como un colador, e irá de vidriera en vidriera buscando el medio de procurarse una nueva piel. La desesperación, además de invadirle el alma, goteará de su nariz como un moquillo hediondo. Sus amigos se sacarán los ojos entre sí, y aquel que esté en la primera fase se burlará del que haya llegado a la tercera o cuarta. Un año más tarde, la nariz se le caerá en la sopa, y saldrá a comprarse otra nariz, ¡pero de caucho! Luego cambiará de casa y de empleo. Se volverá compasivo y sentimental; será incapaz de matar una mosca. Se hará moralista, jugará con los bichitos al sol y envidiará la suerte de los árboles en la primavera. Si es protestante se hará católico, y viceversa. Así que pasen dos o tres años, su hígado y demás vísceras han de parecerle ladrillos, y no pensará más que en alimentos muy livianos. Luego le vendrá comezón a un ojo; tres meses más tarde, éste se le cerrará. Al cabo de cinco o seis años, su cuerpo empezará a estremecerse y a arder como un fuego de artificio. Todavía podrá caminar, pero ha de mirar, inquieto, hasta cuándo sus pies habrán de sostenerlo. Poco tiempo después preferirá quedarse en cama, pues el calor le sentará bien. Un buen día, al cabo de ocho años, se arrancará un hueso de su propio esqueleto, lo olfateará y lo arrojará, horrorizado, a un rincón. Entonces se volverá religioso, muy religioso, cada vez más religioso; gustará de los libros encuadernados en piel, con cantos dorados y provistos de una cruz. Diez años después, ya podrida la osamenta, estará como remachado a su cama, bostezando, con el hocico abierto hacia el techo, interrogándose sobre el porqué de las cosas, y ha de morir, por fin... Su alma, entonces, os pertenecerá.

Librodot

MARÍA (volviéndose, asqueada). - ¡Puf!

De Das Liebeskonzil.

UN RAJA QUE SE ABURRE
ALPHONSE ALLAIS

ALPHONSE ALLAIS (1854-1905) es uno de los más famosos humoristas franceses de la Belle Epoque.]efe de redacción del Chat Noir, sus invenciones fueron ávidamente consumidas por miles de lectores. Muchas de esas invenciones conservan todavía sus virtudes. Un rajá que se aburre representa fielmente una variante del humor macabro, gratuita y nada filosófica, que comenzó a abundar en las publicaciones periódicas precisamente en tiempo de Allais.

¡El rajá se aburre!

¡Ah, sí, se aburre el rajá!

¡Se aburre como quizá nunca se aburrió en su vida!

(¡Y Buda sabe si el pobre rajá se aburrió!).

En el patio norte del palacio, la escolta aguarda. Y también aguardan los elefantes del rajá. Porque hoy el rajá debía cazar el jaguar.

Ante yo no sé qué suave gesto del rajá, el intendente comprende: ¡que entre la escolta!; ¡que entren los elefantes)

Muy perezosamente, entra la escolta, llena de contento.

Los elefantes murmuran roncamente, que es la manera, entre los elefantes, de expresar el descontento.

Porque, al contrario del elefante de África, que gusta. solamente de la caza de mariposas, el elefante de Asia sólo se apasiona con la caza del jaguar.

Entonces, ¡que vengan las bailarinas!

¡Aquí están las bailarinas! Las bailarinas no impiden que el rajá se aburra.

¡Afuera, afuera las bailarinas! Y las bailarinas se van.

¡Un momento, un momento! Hay entre las bailarinas una nueva pequeña que el rajá no conoce.

-Quédate aquí, pequeña bailarina. ¡Y baila! ¡He aquí que baila, la pequeña bailarina!

¡Oh, su danza!

¡El encanto de su paso, de su actitud, de sus ademanes graves!

¡Oh, los arabescos que sus diminutos pies escriben sobre el ónix de las baldosas! ¡Oh, la gracia casi religiosa de sus manos menudas y lentas! ¡Oh, todo!

Y he aquí que al ritmo de la música ella comienza a desvestirse.

Una a una, cada pieza de su vestido, ágilmente desprendida, vuela a su alrededor.

¡El rajá se enciende!

Y cada vez que una pieza del vestido cae, el rajá, impaciente, ronco, dice:

-¡Más!

Ahora, hela aquí toda desnuda.

Su pequeño cuerpo, joven y fresco, es un encantamiento.

No se sabría decir si es de bronce infinitamente claro o de marfil un poco rosado. ¿Ambas cosas, quizá?

El rajá está parado, y ruge, como loco: -¡Más!

La pobre pequeña bailarina vacila. ¿Ha olvidada sobre ella una insignificante brizna de tejido? Pero no, está bien desnuda.

El rajá arroja a sus servidores una malvada mirada oscura y ruge nuevamente:

-¡Más!

Ellos lo entendieron.

Los largos cuchillos salen de las vainas. Los servidores levantan, no sin destreza, la piel de la linda pequeña bailarina.

La niña soporta con coraje superior a su edad esta ridícula operación, y pronto aparece ante el rajá como una pieza anatómica escarlata, jadeante y humeante.

Todo el mundo se retira por discreción. ¡Y el rajá no se aburre más!

PLUMA, LAPIZ Y VENENO
OSCAR WILDE

Pocos humoristas han gozado de tanta difusión como el irlandés OSCAR WILDE; los años apenas parecen haber debilitado sus alardes de ingenio, expresados en el mejor estilo británico. Pluma, lápiz y veneno es un entretenimiento de 1889, ostensiblemente inspirado por Thomas De Quincey.

Ha sido constante motivo de reproche contra los artistas y hombres de letras su carencia de una visión integral de la naturaleza de las cosas. Como regla, esto debe necesariamente ser así. Esa misma concentración de visión e intensidad de propósito que caracteriza al temperamento artístico es en sí misma un modo de limitación. A aquellos que están preocupados con la belleza de la forma nada les parece de mucha importancia. Sin embargo, hay muchas excepciones a esta regla. Rubens sirvió como embajador, Coethe como consejero de Estado, y Milton como secretario de Cromwell. Sófocles desempeñó un cargo cívico en su propia ciudad; los humoristas, ensayistas y novelistas de la América moderna no parecen desear nada mejor que transformarse en representantes diplomáticos de su país; y el amigo de Charles Lamb, Thomas Criffiths Wainewright, terna de esta breve memoria, aunque de un temperamento extremadamente artístico, siguió muchos otros llamados además del llamado del arte; no fue solamente un poeta y un pintor, un crítico de arte, un anticuario, un prosista, un aficionado a las cosas hermosas y un diletante de las cosas encantadoras, sino también

un falsificador de capacidad más que ordinaria, y un sutil y secreto envenenador, casi sin rival en ésta o cualquier edad.

Este hombre destacable, tan poderoso con "pluma, lápiz y veneno", como dijo finamente de él un gran poeta de nuestros propios días, había nacido en Chiswick en 1794. Su padre era el hijo de un distinguido abogado de Gray's Inn y Hatton Carden. Su madre era hija del celebrado doctor Griffiths, el editor y fundador de la Monthly Review, el partícipe en otra especulación literaria de Thomas Davis, ese famoso librero de quien Johnson dijo que no era un librero, sino "un caballero que comerciaba en libros", el amigo de Goldsmith y Wedgwood, y uno de los más conocidos hombres de su día. Mrs. Wainewright murió al darlo a luz, a la temprana edad de veintiuno, y una noticia necrológica en el Gentleman's Magazine nos habla de su "amable disposición y numerosos méritos" y agrega algo extrañamente que "se supone que ella había comprendido los escritos de Mr. Locke tan bien como quizá no lo hizo ninguna persona de uno u otro sexo hoy viviente". Su padre no sobrevivió mucho a la joven esposa, y el pequeño parece haber sido educado por su abuelo y, tras la muerte de éste en 1803, por su tío, George Edward Griffiths, a quien posteriormente envenenó. Pasó su juventud en Lindon House, Turnham Creen, una de aquellas muchas hermosas mansiones georgianas que, desgraciadamente, han desaparecido ante las incursiones del constructor suburbano, y a sus amorosos jardines y bien arbolado parque debió ese simple y apasionado amor a la naturaleza que no lo abandonó a través de su vida y que lo hizo tan particularmente susceptible a las influencias espirituales de la poesía de Wordsworth.

Sin embargo, no debemos olvidar que este joven cultivado, que fue tan susceptible a las influencias wordsworthianas; fue también uno de los más sutiles y secretos envenenadores de ésta o cualquier edad. Cómo se sintió inicialmente fascinado por este extraño pecado, no nos lo cuenta, y el diario en el que anotó cuidadosamente los resultados de sus terribles experimentos y los métodos que adoptó, infortunadamente se ha perdido para nosotros. Además, se mostró reticente hasta sus últimos días en la materia y prefirió hablar sobre The Excursion y los Poems founded on the Affection. No hay duda, sin embargo, de que el veneno que usaba era la estricnina. En uno de los hermosos anillos que tanto lo enorgullecían, y que le servían para ostentar el fino modelado de sus manos marfileñas, acostumbraba llevar cristales de la nux vomita india, un veneno -nos dice uno de sus biógrafos"casi insípido, y capaz de una disolución casi infinita". Sus asesinatos, dice De Quíncey, fueron más de los que se dieron a conocer judicialmente. De esto no hay duda, y algunos de ellos son merecedores de mención. Su primera víctima fue su tío, Mr. Thomas Griffiths. Lo envenenó en 1829 para tomar posesión de Lindon House, un lugar al que se había sentido siempre muy unido. En agosto del año siguiente envenenó a Mrs. Abercrombie, su suegra, y en diciembre envenenó a la amorosa Helen Abercrombie, su cuñada. Por qué asesinó a Mrs. Abercrombie no está averiguado. Puede haber sido por un capricho, o para gratificar cierto perverso sentimiento de poder que había en él, o porque ella sospechaba algo, o por ninguna razón. Pero el asesinato de Helen Abercrombie fue llevado adelante por él y su esposa en consideración a una suma de unas 18.000 libras, en la que ellos habían asegurado la vida de ella en varias compañías.

Al agente de una compañía de seguros que lo visitaba una tarde y que creyó que podría aprovechar la ocasión para señalar que, después de todo, el crimen era un mal negocio, le replicó: "Señor, ustedes, hombres de la City, entran en sus especulaciones

Librodot

y aceptan sus riesgos. Algunas de sus especulaciones tienen éxito, algunas fracasan. Sucede que las mías han fallado, sucede que las suyan han tenido éxito. Esa es la única diferencia, señor, entre mis visitantes y yo. Pero, señor, le mencionaré a usted una cosa en la que yo he tenido éxito hasta el final. He estado determinado a conservar a través de la vida la posición de un caballero. Siempre he hecho eso. Lo hago aún. Es costumbre de este lugar que cada uno de los inquilinos de una celda cumpla su turno de limpieza. ¡Yo ocupo una celda con un albañil y un deshollinador, pero ellos nunca me ofrecen la escoba!". Cuando un amigo le reprochó el asesinato de Helen Abercrombie, él se encogió de hombros y dijo: "Sí, fue cosa espantosa hacerlo, pero tenía tobillos muy gruesos".

Naturalmente, está muy cerca de nuestro propio tiempo para que seamos capaces de formar algún juicio puramente artístico sobre él. Es imposible no sentir un fuerte prejuicio contra un hombre que podría haber envenenado a Lord Tennyson, o a Mr. Gladstone, o al señor de Balliol. Pero si el hombre hubiera usado un ropaje y hablado un idioma diferente del nuestro, si hubiera vivido en la Roma imperial o en el tiempo del Renacimiento italiano, o en la España del siglo XVII, o en cualquier tierra y cualquier siglo que no fueran los nuestros, hubiéramos sido capaces de arribar a una estimación perfectamente desprejuiciada de su posición y valor. Yo sé que hay muchos historiadores, o al menos escritores sobre asuntos históricos, que aun creen necesario aplicar juicios morales a la historia, y que distribuyen su elogio o reprobación con la solemne complacencia de un maestro de escuela satisfecho. Este es, sin embargo, un hábito tonto, y solamente demuestra que el instinto moral puede ser llevado a un grado tan elevado de perfección que hace a su aparición dondequiera no es requerido. Ninguna persona con verdadero sentido histórico soñaría nunca con reprobar a Nerón, regañar a Tiberio, o censurar a César Borgia. Esas personas son como los títeres de una representación. Pueden llenarnos de terror, horror o admiración, pero no pueden hacernos daño. No están en relación inmediata con nosotros. No tenemos nada que temer de ellos. Han pasado a la esfera del arte y de la

ciencia, y ni el arte ni la ciencia saben nada de aprobación o desaprobación moral. Y así puede suceder algún día con el amigo de Charles Lamb. Por el momento, siento que él es un poco demasiado moderno para ser tratado con ese fino espíritu de curiosidad desinteresada, al que debemos tantos encantadores estudios de los grandes criminales del Renacimiento italiano, de las plumas de Mr. John Addington Symonds, Miss A. Mary F. Robinson, Miss Vernon Lee y otros distinguidos escritores. Sin embargo, el Arte no lo ha olvidado. El es el héroe de Hunted Down, de Dickens; el Varney de la Lucretia, de Bulwer; y es grato notar que la ficción ha rendido algún homenaje a quien fue tan poderoso con "pluma, lápiz y veneno". Ser inspirador para la ficción es mucho más importante qué una simple realidad.

De Intentions.

UN MODELO DE AGRICULTOR
JULES RENARD

JULES RENARD (1864-1910) es el autor de las Histoires Naturelles sobre las que se basó el Bestiaire de Ravel. Las mejores pruebas de su humorismo escéptico pero cautivante quedaron en novelas como Poil de Carotte y L'Ecornifleur, pero también practicó el humorismo negro ortodoxo, a la moda de su época.

El combate parecía terminado, cuando una última bala -una bala perdida- vino a dar en la pierna derecha de Fabricio. Este hubo de regresar a su país con una pata de palo.

Al principio mostraba cierto orgullo. Entraba en la iglesia de la aldea golpeando tan fuertemente las baldosas, que se lo podría haber tomado por un sacristán de catedral.

Después, ya calmada la curiosidad, durante mucho tiempo se lamentó, avergonzado, y creyó que ya nada bueno podía esperar.

Buscó con obstinación, a menudo como un alucinado, la manera de ser útil.

Y ahora helo allí, en el sendero del humilde bienestar. Sin llegar a despreciar su pierna de carne, siente alguna debilidad por la de madera.

Trabaja por un jornal. Se le asigna una fracción de terreno, y ya puede uno marcharse y dejarlo solo.

Lleva el bolsillo derecho lleno de alubias rojas o blancas, a elección.

Además, el bolsillo está roto; no demasiado, pero tampoco apenas.

Con normal apostura, Fabricio recorre el terreno a todo lo largo y ancho. Su pata de palo, a cada paso, abre un hoyo. El sacude su bolsillo roto. Caen unas alubias. El las recubre con ayuda del pie izquierdo y sigue adelante.

Y en tanto se gana honestamente la vida, el antiguo guerrero, con las manos a la espalda y la cabeza erguida, parece que se paseara para recobrar la salud.

LOS SEÑORES BURKE Y HARE, ASESINOS
MARCEL SCHWOB

MARCEL SCHWOB (1867-1905) es ubicado por Max lacob en un plano similar al de Aloysius Bertrand. Admirable estilista, fue un renovador de la prosa poética y produjo algunas de las mejores páginas escritas en francés. Publicó, entre otros títulos, Coeur double, Le Roi au masque d'or, La Croisade des Enfants, Mimes y Le Livre de Monelle. Sus Vidas imaginarias forman parte de esta colección.

El señor William Burke ascendió desde la más baja condición hasta una eterna celebridad. Nació en Irlanda y empezó como zapatero. Durante varios años ejerció

este oficio en Edimburgo, donde trabó amistad con el señor Hare, sobre quien ejerció gran influencia. Dentro de la colaboración de los señores Burke y Hare, no hay duda alguna de que el poder de invención y simplificación perteneció al señor Burke. Sin embargo, sus nombres han permanecido inseparables en el arte, como los de Beaumont y Fletcher. juntos vivieron, juntos trabajaron y juntos fueron presos. El señor Hare nunca protestó contra la popularidad con que particularmente se distinguió a la persona del señor Burke: desinterés tan cabal no tuvo su recompensa. Fue el señor Burke quien legó su nombre al procedimiento especial que honró a ambos colaboradores. El monosílabo burke ha de vivir aún mucho tiempo en boca de los hombres, cuando ya la persona de Hare haya desaparecido en el olvido que injustamente se abate sobre los oscuros trabajadores.

El señor Burke parece haber otorgado a su obra la fantasía mágica de la verde isla en que nació. Su alma debió haberse impregnado de los relatos del folklore. Hay en lo que hizo algo como un lejano resabio de las Mil y una noches. Similar al califa errante a lo largo de los jardines nocturnos de Bagdad, deseó misteriosas aventuras, curioso como era de relatos desconocidos y personas extrañas. Similar al gran esclavo negro armado de una pesada cimitarra, no encontró conclusión más digna para su voluptuosidad que la muerte de los demás. Pero su originalidad anglosajona consistió en haber logrado sacar el más práctico partido de su errabunda imaginación de celta. ¿Qué hacía el esclavo negro, decidme -cumplido ya su gozo artístico-, con aquellos a los que habíales cortado la cabeza? Con una barbarie muy árabe, los descuartizaba a fin de conservarlos, salados, en un sótano. ¿Qué beneficio sacaba? Ninguno. El señor Burke fue infinitamente superior.

De alguna manera, el señor Haré le sirvió de Dinazarda. Al parecer, el poder de invención del señor Burke hubo de sentirse especialmente excitado por la presencia de su amigo. La ilusión de sus sueños les permitió valerse de una buhardilla para alojar en ella magníficas visiones. El señor Haré vivía en un cuartito ubicado en el sexto piso de una casa muy alta y muy poblada de Edimburgo. Un canapé, un cajón y sin duda algunos utensilios de tocador componían casi todo su mobiliario. Sobre una mesita, una botella de whisky con tres vasos. Era norma que el señor Burke no recibiera más de una persona por vez: nunca la misma. Característica suya era invitar, al caer la noche, a un transeúnte desconocido. Vagaba por las calles para examinar los rostros que suscitaban su curiosidad. A veces escogía al azar. Dirigíase al extraño con toda la cortesía que habría puesto Harún-al-Raschid. El extraño subía los seis pisos del caserón del señor Haré. Le cedían el canapé y le ofrecían whisky de Escocia. El señor Burke lo interrogaba acerca de los sucesos más sorprendentes de su existencia. ¡Qué insaciable oyente era el señor Burke! Al despuntar el día, siempre el señor Haré interrumpía el relato. La forma de interrupción del señor Haré era invariablemente la misma, y muy imperativa. Tenía el señor Haré, a fin de interrumpir el relato, la costumbre de ubicarse detrás del canapé y aplicar ambas manos sobre la boca del narrador. En ese mismo momento, el señor Burke se sentaba sobre el pecho de éste. Ambos, en esa posición, soñaban inmóviles con el final de la historia que jamás oían. De esta manera, los señores Burke y Haré concluyeron un gran número de historias que el mundo no conocerá.

Cuando el cuento había sido, junto con el aliento del narrador, definitivamente detenido, los señores Burke y Haré exploraban el misterio. Desvestían al desconocido, admiraban sus joyas, contaban su dinero y leían sus cartas. Algunas correspondencias

no carecían de interés. Luego ponían el cuerpo en el cajón del señor Haré, para que se enfriara. Y en este punto el señor Burke mostraba la fuerza práctica de su espíritu.

Era importante que el cadáver se mantuviese fresco, pero no tibio, a fin de poder utilizar hasta el último residuo del placer de la aventura.

En aquellos primeros años del siglo, los médicos estudiaban con pasión la anatomía, pero pasaban por muchas dificultades, a causa de los principios de la religión, antes de procurarse sujetos para disecar. El señor Burke, de esclarecido espíritu, había advertido esa laguna de la ciencia. No se sabe cómo, se relacionó con el doctor Knox, un venerable y sabio experto que enseñaba en la Facultad de Edimburgo. Quizás el señor Burke había seguido cursos públicos, aun cuando su imaginación debió inclinarlo, más bien, hacia los gustos artísticos. Pero es seguro que le prometió al doctor Knox ayudarlo como mejor pudiera. Por su parte, el doctor Knox se comprometió a pagarle por sus esfuerzos. La tarifa disminuía desde los cuerpos de gente joven hasta los cuerpos de ancianos. Estos le interesaban muy poco al doctor Knox -era también la opinión del señor Burke-, pues comúnmente tenían menos imaginación. El doctor Knox se hizo célebre entre todos sus colegas por virtud de su ciencia anatómica. Los señores Burke y Haré se beneficiaron con la vida como grandes apasionados. Indudablemente conviene situar en esa época el período clásico de su existencia.

Pues el genio omnipotente del señor Burke muy pronto lo arrastró lejos de las normas y reglas de aquella tragedia en la que siempre había un relato y un confidente. El señor Burke evolucionó completamente solo (sería pueril invocar la influencia del señor Haré) hacia una especie de romanticismo. Como ya no le bastaba el decorado de la buhardilla del señor Haré, inventó el procedimiento nocturno en medio de la niebla. Los incontables imitadores del señor Burke han empañado un poco la originalidad de su estilo. He aquí la verdadera tradición del maestro.

La fecunda imaginación del señor Burke habíase hartado de los relatos eternamente parecidos de la experiencia humana. Nunca el resultado había respondido a su expectación. De allí vino a no interesarse más que en el aspecto real, para él siempre variado, de la muerte. Localizó todo el drama en el desenlace. La calidad de los actores ya no le importó. Los moldeó al azar. El único accesorio del teatro del señor Burke fue una máscara de tela empapada en resina. En las noches de bruma, el señor Burke salía con la máscara en la mano. Lo acompañaba el señor Haré. El señor Burke aguardaba al primer transeúnte y echaba a andar delante de él; luego, volviéndose, le aplicaba sobre el rostro la máscara de resina, súbita y firmemente. Al instante, los señores Burke y Haré se apoderaban, cada uno de un lado, de los brazos del actor. La máscara de tela empapada en resina ofrecía la genial simplificación de ahogar al mismo tiempo los gritos y el aliento. Además, era trágica: la niebla esfumaba los gestos del papel. Algunos actores parecían hacer la pantomima de la borrachera. Terminada la escena, los señores Burke y Hare tomaban un cabriolé y desarmaban el personaje; en tanto el señor Haré vigilaba sus ropas, el señor Burke subía un cadáver fresco y limpio a casa del doctor Knox.

Aquí es cuando, en desacuerdo con la mayoría de los biógrafos, he de dejar a los señores Burke y Haré en medio de su nimbo de gloria. ¿Por qué destruir un efecto artístico tan hermoso llevándolos lánguidamente hasta el final de su carrera y revelando sus desfallecimientos y sus decepciones? Sólo hay que verlos allí, con su máscara en la mano, errantes en las noches de niebla. Pues el fin de su vida fue vulgar

y similar a tantos otros. Al parecer, uno de ellos fue colgado, y el doctor Knox debió alejarse de la Facultad de Edimburgo. El señor Burke no ha dejado otras obras.

De Vidas imaginarias.

LOS CANTORES DE MI PATIO
JULES JOUY

JULES JOUY, famoso parroquiano del cabaret del Gato Negro, formó parte del equipo de humoristas que presidía las sonrisas de los franceses de fines de siglo. La pieza de humor negro que se reproduce aquí ya forma parte del folklore humorístico mundial, circulando en diversas variantes.

Como no soy rico, he debido conformarme con un único cuarto cuya ventana da al patio. Un patio negro y fétido de la calle Tiquetonne, en el que día a día se amontonan mendigos, cantores y ciertos inválidos.

Hay, ante todo, un estropeado que se arrastra con el trasero sobre un carrito, un resto de hombre parecido a un ratón y que suele cantar esto:

Es la costurera
que vive en la delantera.
¡Ay, y yo sobre la trasera!
¡Qué diferente es!

Hay un sordomudo cuyo estribillo favorito es:

Nena, cuando sople el viento sobre la tierra,
escucharemos la canción de los trigos dorados.

Hay un tullido de la mano derecha que, sin dejar
de exhibir su horrible muñón, vocifera con una voz de gárgola obstruida:

Esta mano, esta mano tan boni-i-ta. . .

Hay un manco de ambos brazos que prefiere este pasaje de una romanza de moda:

La cinturina
de mi divina
cabría, creo,
entre mis dedos.

Hay un ciego de nacimiento (vino al mundo con un caniche y un clarinete) que siempre prefiere este idilio del difunto Renard:

Cuando vi a Magdalena
por vez primera...

Viene en seguida un "pobre huérfano":

¿Quién es como un jumento?
Mi papá.
¿Quién es como un monumento?
Mi mamá.

Un "pobre padre de familia" que aúlla, mostrando su retahíla de granujas:

Los enviados del paraíso
son mascotas, amigos míos.
Venturoso a quien se lo dota
de una mascota.

Un "obrero sin trabajo":

Sólo por la paz trabaja mi martillo..„

Un paralítico:

Yo la seguía cantando
tralalá, lalá, lalá.
Diciéndole, palpitando,
tralalá.
Y la hermosa disparando...
Tralalá, lalá, lalá.

Un "viejo soldado mutilado por una esquirla de obús", que, volviendo su rostro sin nariz hacia la escalera de las costureritas del tercer piso, les canta, sin la menor vergüenza:

¡Escúcheme usted, usted, señorita...!

El desfile siempre termina con una horrible vieja "víctima de la explosión de un polvorín». ¿Sus ojos? Dos llagas con pus. ¿Su nariz? Un agujero. ¿Su boca? Una excavación, de la que generalmente sale esta canción de "La mascota--:

¡Qué cosa dulce es un beso ...

Ya pueden ustedes pensar cómo me río en mi único cuarto cuya ventana da al patio. Un patio negro y fétido de la calle Tiquetonne.

OLABERRI, EL MACABRO
PÍO BAROJA

Según Ortega y Gasset, Pío BARoJA (1872-1956) fue "un asceta calvo, lleno de bondad y ternura, que vendería su puesto en el Parnaso a quien le pusiera dos colmillos de tigre en la boca". No, por cierto, un practicante del humor negro: Olaberri no es una invención, sino un personaje de la vida real, a la que Baroja dedicó mucha de su atención. Pero publicó meditaciones sobre nuestro tema en La caverna del humorismo, en 1919.

Olaberri era un pesimista jovial. No encontraba en el mundo más que vanidad y aflicción de espíritu. No tenía fe más que en la cal hidráulica y en el cemento armado. Para él, detrás de toda satisfacción venía algo negro y doloroso, que eran principalmente las facturas.

-¿Ve usted esa chica que se ha casado con el carabinero? -me preguntó hace tiempo con aire de profunda conmiseración.

-Sí.

-¡Qué infelices! Ahora mucha alegría, ¿eh?, y de viaje, pero luego ya vendrán las facturas.

A Olaberri le preocupaban las facturas. Para Olaberri, que era contratista en pequeño, las facturas eran como la sombra de Banquo, que aparece en el banquete de la vida.

Si Olaberri hubiera tenido el sentido estadístico de nuestro amigo Berecoche, ya difunto, diría que en la vida hay un 75 por ciento de facturas.

-Ya le he dicho al párroco -me contó una vez-: usted, con un cubo de agua y un hisopo, ya tiene para todo el año, y a vivir bien; nosotros, en cambio, pobres contratistas, siempre a vueltas con las facturas.

Olaberri tenía gustos macabros. Había construido en el cementerio varios sepulcros y trasladado cadáveres y huesos y algunos cuerpos recién muertos.

Al hacer la descripción de estos traslados sentía, sin duda, un ardor explicativo de artista medieval y macabro. Los huesos, las calaveras revueltas con tierra, los trozos de hábito o de ropa, la madera podrida de los ataúdes, todo daba pábulo a su charla pintoresca.

Al relatar el traslado de algún cuerpo recién enterrado, se lucía; entonces los detalles realistas eran tan terribles que a cualquier persona sencilla se le ponían los pelos de punta.

Salían a relucir los busanos blancos y las gurgujas verdes, y al último la gente no sabía si temblar de asco o echarse a reír.

El no tenía repugnancia por nada.

-Los mejores caracoles que hay comido -solía decir-, los hay cogido en la tumba del difunto párroco. Nunca los hay comido mejores.

De Reportajes.

VALS DEL DESCEREBRAMIENTO
ALFRED JARRY

Ubú rey, la farsa genial de ALFRED JARRY (1873-1907), fue compuesta en 1888 para ridiculizar a un profesor. Después, el talento extravagantemente poético de Jarry se volcó en otros libros: Les Minutes de Sable Mémorial, César Antéchrist, L'Amour absolu, Messaline, Le Surmále y Gestes et opinions du Docteur Faustroll, pataphysicien, pero es el padre Ubú la caricatura feroz que vela la f anca de Jarry.

Durante mucho tiempo yo fui obrero ebanista
en el Campo de Marte, parroquia de Toussaints.
Mi mujer ejercía su oficio de modista
y nunca padecimos la menor escasez.

Entonces, si el domingo sin nubes se anunciaba,
ostentábamos todo nuestro mejor boato,

e íbamos a ver cuántos sesos saltaban,
calle del Escaldado, por pasar un buen rato.

Ved, ved la máquina girar,
ved, ved los sesos saltar,
ved, ved los rentistas temblar.

(Coro:) ¡Hurra, hurra, cabrones, que viva el padre Ubú!

Nuestros dos muñequitos, bañados en pastel,
en el pescante mismo iban acomodados,
blandiendo alegremente sus monos de papel,
y felices rodábamos a la del Escaldado.

La multitud vertía su gozo en la barrera,
y al diablo con los golpes si uno estaba adelante.
Yo siempre me instalaba sobre un montón de piedras
por no ensuciar mis botas con hervores de sangre.

Ved, ved la máquina girar,
ved, ved los sesos saltar,
ved, ved los rentistas temblar.

(Coro:) ¡Hurra, hurra, cabrones, que viva el padre Ubú!

Pronto estamos blanqueados, yo y mi mujer, con sesos
que los niños se embuchan, y todos pataleamos
al ver que el Palurdín adoba los gargueros
y hay números de plomo, y heridas barbotando.

En un rincón muy cerca de la máquina advierto
una jeta que no me gusta mucho, un crápula.
Qué digo. Yo conozco tu trompa, caro viejo:
tú me robaste y no seré yo quien te plaña.

Ved, ved la máquina girar,
ved, ved los sesos saltar,
ved, ved los rentistas temblar.

(Coro:) ¡Hurra, hurra, cabrones, que viva el padre Ubúl

Pero ya mi mujer me tira de la manga:
"Ahora es cuando debes hacerte ver, idiota:
puesto que el Palurdín te está dando la espalda,
zámpale por la jeta un paquete de bosta".

Atendiendo el soberbio consejo de mi esposa,
con ambas manos pesco mi valor en un tris:
al rentista le zampo una mierda grandiosa
que va a aplastarse sobre la faz del Palurdín.

Ved, ved la máquina girar,
ved, los sesos saltar,
ved, ved los rentistas temblar.

(Coro:) ¡Hurra, hurra, cabrones, que viva el padre Ubú!

La multitud furiosa me atropella, arremete.
Rápidamente sobre la barrera me tumban,
y en el gran hoyo negro del que nunca se vuelve
soy la primer cabeza que se derrumba.

Y todo por salir a mirar el domingo,
calle del Escaldado, saltaduras de sesos,
o por ir a mosquear o dislocar cochinos:
sale usted sano y vivo, pero regresa muerto.

Ved, ved la máquina girar,
ved, ved los sesos saltar,
ved, ved los rentistas temblar.

(Coro:) ¡Hurra, hurra, cabrones, que viva el padre Ubú!

UN PACIENTE EN DISMINUCION
MACEDONIO FERNÁNDEZ

La vida de MACEDONIO FERNÁNDEZ (1874-1952) fue un incansable insistir humorístico que produjo -a regañadientes- algunas de las páginas más celebradas de la literatura argentina. El humorismo de Macedonio Fernández ni siquiera hizo excepción de sus lectores, empeñados, sin embargo, en multiplicarse.

El señor Ca había sido tan asiduo, tan dócil y prolongado paciente del doctor Terapéutica que ahora ya era sólo un pie. Extirpados sucesivamente los dientes, las amigdalas, el estómago, un riñón, un pulmón, el bazo, el colon, ahora llegaba el valet del señor Ga a llamar al doctor Terapéutica para que atendiera el pie del señor Ga, que lo mandaba llamar.

El doctor Terapéutica examinó detenidamente el pie y "meneando con grave modo" la cabeza resolvió: "Hay demasiado pie, con razón se siente mal: le trazaré el corte necesario, a un cirujano".

De Papeles de Recienvenido.

INTERVALO DE CINCO MINUTOS
FRANCIS PICABIA

El pintor y poeta francés FRANCIS PICABIA (1879-1953) fue, como su amigo Apollinaire, un fabricante de encantadoras infracciones que se transformaron en capítulos de la historia del arte. Jésus-Christ Rastaquouére apareció en 1920, prologado por Gabrielle Buffet.

Yo tenía un amigo suizo llamado Jacques Dingue que vivía en el Perú, a cuatro mil metros de altitud. Partió hace algunos años para explorar aquellas regiones, y allá sufrió el hechizo de una extraña india que lo enloqueció por completo y que se negó a él. Poco a poco fue debilitándose, y no salía siquiera de la cabaña en que se instalara. Un doctor peruano que lo había acompañado hasta allí le procuraba cuidados a fin de sanarlo de una demencia precoz que parecía incurable.

Una noche, la gripe se abatió sobre la pequeña tribu de indios que habían acogido a Jacques Dingue. Todos, sin excepción, fueron alcanzados por la epidemia, y ciento setenta y ocho indígenas, de doscientos que eran, murieron al cabo de pocos días. El médico peruano, desolado, rápidamente había regresado a Lima... También mi amigo fue alcanzado por el terrible mal, y la fiebre lo inmovilizó.

Ahora bien, todos los indios tenían uno o varios perros, y éstos muy pronto no encontraron otro recurso para vivir que comerse a sus amos: desmenuzaron los cadáveres, y uno de ellos llevó a la choza de Dingue la cabeza de la india de la que éste se había enamorado... Instantáneamente la reconoció y sin duda experimentó una conmoción intensa, pues de súbito se curó de su locura y de su fiebre. Ya recuperadas sus fuerzas, tomó del hocico del perro la cabeza de la mujer y se entretuvo arrojándola contra las paredes de su cuarto y ordenándole al animal que se la llevase de vuelta. Tres veces recomenzó el juego, y el perro le acercaba la cabeza sosteniéndola por la nariz; pero a la tercera vez, Jacques Dingue la lanzó con demasiada fuerza, y la cabeza se rompió contra el muro. El jugador de bolos pudo comprobar, con gran alegría, que el cerebro que brotaba de aquélla no presentaba más que una sola circunvolución y parecía afectar la forma de un par de nalgas...

De Jésus-Christ Rastaquouére.

UN BELLO FILM
GUILLAUME APOLLINAIRE

WILHELM APOLLINARIS DE KOSTROWITZKY (1880-1918) fue un incesante inventor de ideas, y una de las sensibilidades líricas más poderosas de que Francia fue capaz. Poeta, crítico, ensayista, curioso insaciable y participante de todas las vanguardias vivas, Apollinaire cultivó un humorismo que no procede del deliberado afán sacrílego que perjudicó a tantos de sus compañeros de bohemia.

-¿Sobre qué conciencia no pesa un crimen? -preguntó el barón d'Ormesan-. Por mi parte, ya no me tomo la molestia de contarlos. He cometido algunos que me produjeron dinero, y si hoy no soy millonario, debo culpar más bien a mis apetitos que a mis escrúpulos.

En 1901, en unión de unos amigos fundé la Cinematographic International Company, a la que para abreviar llamamos C.I.C. Nuestro propósito era producir un film de gran interés y pasarlo luego en los cinematógrafos de las principales ciudades de Europa y América. Nuestro programa estaba bien trazado. Gracias a la indiscreción de uno de los domésticos, pudimos obtener una escena interesantísima que representaba al presidente de la República, en momentos en que se levantaba de la cama. Siguiendo idéntico procedimiento, también logramos la filmación del nacimiento del príncipe de Albania. En otra oportunidad, después de comprar a precio de oro la complicidad de algunos funcionarios del Sultán, pudimos fijar para siempre la impresionante tragedia del gran visir MalekPacha, quien, después de los desgarradores adioses a sus esposas e hijos, bebió, por orden de su amo y señor, el funesto café en la terraza de su residencia de Pera.

Sólo nos faltaba la representación de un crimen. Pero, desdichadamente, no es fácil conocer con anticipación la hora de un atraco y es muy raro que los criminales actúen abiertamente.

Desesperando de lograr por medios lícitos el espectáculo de un atentado, decidimos organizarlo por nuestra cuenta en una casa que alquilamos en Auteuil a esos efectos. Primeramente habíamos pensado contratar actores para un simulacro de ese crimen, que nos faltaba, pero, aparte de que con ello hubiésemos engañado a nuestros futuros espectadores al ofrecerles escenas falsas, habituados como estábamos a no cinematografiar más que la realidad, no podíamos satisfacernos con un simple juego teatral por perfecto que fuera. Llegamos así a la conclusión de echar suerte, para establecer quién de entre nosotros debía juramentarse y cometer el crimen que nuestra cámara registraría. Mas ésta fue una perspectiva ingrata para todos. Después de todo, éramos una sociedad constituida por personas de bien y nadie tomaba a broma eso de perder el honor ni aun por fines comerciales.

Una noche decidimos emboscarnos en la esquina de una calle desierta, muy cerca de la villa que alquiláramos. Éramos seis y todos íbamos armados con revólveres. Pasó una pareja: un hombre y una mujer jóvenes, cuya elegancia muy rebuscada nos pareció a propósito para acondicionar los elementos más interesantes de un crimen pasional. Silenciosos, nos abalanzamos sobre la pareja y amordazándolos los condujimos a la casa. Allí los dejamos bajo el cuidado de uno de nuestro grupo, volviendo a nuestra posición. Un señor de patillas blancas vestido con traje de noche apareció en la calle; salimos a su encuentro y lo arrastramos a la casa, a pesar de su resistencia. El brillo de nuestros revólveres dio razón de su coraje y de sus gritos.

Nuestro fotógrafo preparó su cámara, iluminó la sala convenientemente y se aprestó a registrar el crimen. Cuatro de los nuestros se colocaron al lado del fotógrafo apuntando con las armas a los cautivos.

La joven pareja estaba todavía desvanecida. Los desvestí con atenciones conmovedoras: despojé a la muchacha de la falda y el corsé, dejando al joven en mangas de camisa. Dirigiéndome al señor de smoking, le dije:

-Señor: ni mis amigos ni yo deseamos a usted ningún mal. Pero le exigimos, bajo pena de muerte, que asesine, con este puñal que arrojo a sus pies, a este hombre y a esta mujer. Ante todo, usted tratará de que vuelvan de su desmayo; tenga cuidado que no lo estrangulen. Como están desarmados, no cabe la menor duda que usted logrará su propósito.

-Señor -repuso cortésmente el futuro asesino- no tengo más remedio que ceder ante la violencia. Usted ha tomado todas las resoluciones y no deseo en lo más mínimo modificar una decisión cuyo motivo no se me aparece claramente; voy a pedirle una gracia, sólo una: permítame cubrirme el rostro.

Nos consultamos y resolvimos que era mejor así, tanto para él como para nosotros. Coloqué sobre la cara del hombre un pañuelo en el que previamente habíamos abierto dos orificios en el lugar de los ojos, y el individuo comenzó su tarea.

Golpeó al joven en las manos. Nuestro aparato fotográfico empezó a funcionar, registrando esta lúgubre escena. Con el puñal dio unos puntazos en el brazo de su víctima. Esta se puso rápidamente de pie, saltando, con una fuerza decuplicada por el espanto, sobre la espalda de su agresor. La muchacha volvió en sí de su desvanecimiento y acudió en socorro de su amigo. Fue la primera en caer, herida en el corazón. Luego la escena se concentró en el joven, que se abatió de una herida en la

garganta. El asesino hizo las cosas bien. El pañuelo que cubría su rostro no se había movido durante la lucha, y lo conservó puesto todo el tiempo que la cámara funcionó.

-¿Están ustedes conformes? -nos preguntó-. ¿Puedo ahora arreglarme un poco?

Lo felicitamos por su labor. Se lavó las manos, se peinó, cepillándose luego el traje. Inmediatamente, la cámara se detuvo.

De L'Hérésiarque et Cie.

UNA CONFUSION COTIDIANA
FRANZ KAFKA

La situación absurda del hombre en un mundo gobernado por leyes ignoradas, o acaso inexistentes, encontró un exponente genial en el checoslovaco FRANZ KAFKA (1883-1924), cuya obra permanecería ignorada si su amigo Max Brod hubiera cumplido sus órdenes, destruyendo las novelas El proceso, El castillo y América. Las terribles parábolas kafkianas son un himno a la frustración humana, el reflejo de un humorismo siniestro y sin salidas.

Un incidente cotidiano, del que resulta una confusión cotidiana. A tiene que cerrar un negocio con B en H. Se traslada a H para una entrevista preliminar, pone diez minutos en ir y diez en volver, y se jacta en su casa de esa velocidad. Al otro día vuelve a H, esta vez para cerrar el negocio. Como probablemente eso le exigirá muchas horas, A sale muy temprano. Aunque las circunstancias (al menos en opinión de A) son precisamente las de la víspera, tarda diez horas esta vez en llegar a H. Llega al atardecer, rendido. Le comunican que B, inquieto por su demora, ha partido hace poco para el pueblo de A y que deben haberse cruzado en el camino. Le aconsejan que espere. A, sin embargo, impaciente por el negocio, se va inmediatamente y vuelve a su casa.

Esta vez, sin poner mayor atención, hace el viaje en un momento. En su casa le dicen que B llegó muy temprano, inmediatamente después de la salida de A, y que hasta se cruzó con A en el umbral y quiso recordarle el negocio, pero que A le respondió que no tenía tiempo y que debía salir en seguida.

A pesar de esa incomprensible conducta, B entró en la casa a esperar su vuelta. Y ya había preguntado muchas veces si no había regresado aún, pero seguía esperándolo siempre en el cuarto de A. Feliz de hablar con B y de explicarle todo lo sucedido, A corre escaleras arriba. Casi al llegar tropieza, se tuerce un tendón y a punto de perder el sentido, incapaz de gritar, gimiendo en la oscuridad, oye a B -tal vez muy lejos ya, tal vez a su lado- que baja la escalera furioso y que se pierde para siempre.

De La Metamorfosis.

KAPPA
RYUNOSUKE AKUTAGAWA

El japonés RYUNOSUKE AKUTAGAWA (1892-1927) ofreció en Kappa una muestra -confesa- de la influencia de

Jonathan Swift. Publicó también Los tres tesoros, Rashomon, Cuentos breves japoneses, Los engranajes. Redactó, antes de matarse, una lista de suicidas famosos.

Extrañamente, experimentaba simpatía por Gael, presidente de una compañía de vidrio. Gael era uno de los más grandes capitalistas del país. Probablemente, ningún otro kappa tenía un vientre tan enorme como el suyo. ¡Y cuán feliz se le ve cuando está sentado en un sofá y tiene a su lado a su mujer que se asemeja a una litchi y a sus hijos similares a pepinos! A menudo fui a cenar a la casa de Gael acompañando al juez Pep y al médico Chack; además, con su carta de presentación visité fábricas con las cuales él o sus amigos estaban relacionados de una manera u otra. Una de las que más me interesó fue la fábrica de libros. Me acompañó un joven ingeniero que me mostró máquinas gigantescas que se movían accionadas por energía hidroeléctrica; me impresionó profundamente el enorme progreso que habían realizado los kappas en el campo de la industria mecánica.

Según el ingeniero, la producción anual de esa fábrica ascendía a siete millones de ejemplares. Pero lo que me impresionó no fue la cantidad de libros que imprimían, sino la casi absoluta prescindencia de mano de obra. Para imprimir un libro es suficiente poner papel, tinta y unos polvos grises en una abertura en forma de embudo de la máquina. Una vez que esos materiales se han colocado en ella, en menos de cinco minutos empieza a salir una gran cantidad de libros de todos tamaños, cuartos, octavos, etc. Mirando cómo salían los libros en torrente, le pregunté al ingeniero qué era el polvo gris que se empleaba. Este, de pie y con aire de importancia frente a las máquinas que relucían con negro brillo, contestó indiferentemente:

-¿Este polvo? Es de sesos de asno. Se secan los sesos y se los convierte en polvo. El precio actual es de dos a tres centavos la tonelada.

Por supuesto, la fabricación de libros no era la única rama industrial donde se habían logrado tales milagros. Lo mismo ocurría en las fábricas de pintura y de música. Contaba Gael que en aquel país se inventaban alrededor de setecientas u ochocientas clases de máquinas por mes, y que cualquier artículo se fabricaba en gran escala, disminuyendo considerablemente la mano de obra. En consecuencia, los obreros despedidos no bajaban de cuarenta o cincuenta mil por mes. Pero lo curioso

Librodot

era que, a pesar de todo ese proceso industrial, los diarios matutinos no anunciaban ninguna clase de huelga. Como me había parecido muy extraño este fenómeno, cuando fui a cenar a la casa de Gael en compañía de Pep y Chack, pregunté sobre este particular.

-Porque se los comen a todos.

Gael contestó impasiblemente, con un cigarro en la boca. Pero yo no había entendido qué quería decir con eso de que "se los comen". Advirtiendo mi duda, Chack, el de los anteojos, me explicó lo siguiente, terciando en nuestra conversación.

-Matamos a todos los obreros despedidos y comemos su carne. Mire este diario. Este mes despidieron a 64.769 obreros, de manera que de acuerdo con esa cifra ha bajado el precio de la carne.

-¿Y los obreros se dejan matar sin protestar? -Nada pueden hacer aunque protesten -dijo Pep, que estaba sentado frente a un durazno salvaje-. Tenemos la "Ley de Matanzas de Obreros". Por supuesto, me indignó la respuesta. Pero, no sólo Gael, el dueño de casa, sino también Pep y Chack, encaraban el problema como lo más natural del mundo. Efectivamente, Chack sonrió y me habló en forma burlona.

-Después de todo, el Estado le ahorra al obrero la molestia de morir de hambre o de suicidarse. Se les hace oler un poco de gas venenoso, y de esa manera no sufren mucho.

-Pero eso de comerse la carne, francamente... -No diga tonterías. Si Mag escuchara esto se moriría de risa. Dígame, ¿acaso en su país las mujeres de la clase baja no se convierten en prostitutas? Es puro sentimentalismo eso de indignarse por la costumbre de comer la carne de los obreros. Gael, que escuchaba la conversación, me ofreció un plato de sandwiches que estaba en una mesa cercana y me dijo tranquilamente:

-¿No se sirve uno? También está hecho de carne de obrero.

De Kappa.